

TRATAMIENTO MACABRO

CLIFFORD HILTON

El coche tomó bruscamente una curva y enfiló por una pendiente de la gran cornisa. Debajo, el mar rugía enbravecido y las olas golpeaban violentamente contra el acantilado levantando un manto de espuma.

Aquél era un paisaje realmente fascinante. Durante los últimos veinte días, Roy Dealey lo había recorrido casi a diario y nunca había dejado de subyugarle. Había en aquellos parajes algo misterioso y mágico que él no sabría descifrar.

En esta oportunidad le acompañaba Edgard Cartón, un periodista como él y a quien había invitado a pasar el fin de semana a su casa de la montaña.

Era una calurosa noche de verano y el aire, pesado, agobiante, hacía presagiar la proximidad de una tormenta.



Clifford Hilton

Tratamiento diabólico

Bolsilibros: Selección Terror - 441

ePub r1.0

Titivillus 17.07.17

Clifford Hilton, 1981

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



CAPÍTULO PRIMERO

El coche tomó bruscamente una curva y enfiló por una pendiente de la gran cornisa. Debajo, el mar rugía enbravecido y las olas golpeaban violentamente contra el acantilado levantando un manto de espuma.

Aquél era un paisaje realmente fascinante. Durante los últimos veinte días, Roy Dealey lo había recorrido casi a diario y nunca había dejado de subyugarle. Había en aquellos parajes algo misterioso y mágico que él no sabría descifrar.

En esta oportunidad le acompañaba Edgard Cartón, un periodista como él y a quien había invitado a pasar el fin de semana a su casa de la montaña.

Era una calurosa noche de verano y el aire, pesado, agobiante, hacía presagiar la proximidad de una tormenta.

Dealey consultó su reloj de pulsera.

Eran las doce menos diez y aún quedaban cuarenta kilómetros de montaña para llegar a la torre de veraneo.

Sin embargo, no tenían ninguna prisa y Dealey conducia con relativa prudencia, disfrutando el aquel paisaje.

Poco a poco el cielo fue cubriéndose de negros nubarrones y comenzaron a escucharse los primeros truenos.

—Parece que vamos a tener tormenta —comentó Garden señalando el manto de nubes.

—Si, nos pillará ames de que lleguemos a la casa.

—Que importa la tormenta en un lugar como este debe debe ser un gran espectáculo.

Deadley asintio.

La brisa suave y agradable comenzó a soplar del mar aliviando un poco la temperatura que hasta eseentonces era agobíante.

A través de la ventana abiena. Roy sintió la agradable sensación del viento fresco golpeándole la cara y respiró hasta llenar los pulmones de aire.

La tormenta se bahía destilado va sobre el mar y el destello de los rayos iluminaba durante fracciones de segundo la negra oscuridad de la noche.

Un trueno retumbo con violencia inusitada muy cerca de la costa y una verdadera cortina de a de agua se desato sobre la carretera.

Que forma de llover exclamo Garton.

—Parece que el mundo se viniese ahajo. Pero será una tormenta pasajera y breve como todas las del verano.

La violencia de la lluvia sumada con la oscuridad de la noche dificultaban enormemente la visibilidad.

Dealey conecto los limpiabrisas y se concentró en la línea blanca de la carretera.

Reduciendo bruscamente la velocidad, tomó una curva muy cerrada y se dispuso a ascender el último tramo de la pendiente antes de coronar la cima de la montana.

Una pared blanca y de mármol muy fino se levantaba a uno de los lados de la carretera.

—¿Qué es eso? —preguntó Ldgard.

—El cementerio de Crown.

—¡Qué desperdicio! Mira que darle a los muertos un lugar tan hermoso. Imagínate qué casa se podría construir en ese predio.

DeaIy asintió. Siempre le había llamado la atención aquel cementerio y había llegado a pensar lo afortunados que eran los muertos de tener ante sí una vista tan hermosa.

En la cúspide de la montaña, el cementerio de Crown estaba orientado en forma que las tumbas daban de cara al mar.

Al pasar frente a los enormes portales de hierro de la necrópolis, un rayo estalló muy cerca, iluminándolo en una visión sobrecogedora. Las cruces de las tumbas las lápidas de mármol destellaron durante una fracción de segundo a causa de la descarga.

—¡Madre mía! —exclamó Edgard—. Parece como si el rayo hubiese caido en medio del cementerio.

Dealey tomó la siguiente curva e unció el descenso, dejando atrás el cementerio.

Había avanzado unos quinientos metros cuando en medio de la oscuridad de la noche vio un coche detenido a un lado ríe la carretera.

Redujo la velocidad y los potentes faros del coche iluminaron las siluetas de dos hermosas mujeres que, junto al vehículo avenado, les hacían señas desesperadas con las manos para que se detuviesen.

—¿Estoy viendo visiones o son dos ninfas las que nos están llamando?

—Tranquilízate, no sufres alucinaciones. Dealey pisó los frenos y detuvo el coche a un costado de la carretera, junto a las muchachas.

—¿Podemos ayudaros en algo? —preguntó Edgard.

—Este cacharro dejó de funcionar —dijo una de las chicas señalando el coche avenado— justo cuando empezaba la lluvia.

Edgard abrió la portezuela del asiento posterior.

—¡Subid! Si os quedáis ahí cogeréis un buen resfriado.

Las dos jóvenes subieron y se instalaron en el asiento posterior ateridas de frío.

—Mi nombre es Helen —dijo una de ellas.

—Y el mío Vanessa —se presentó la otra.

Helen era rubia y esbelta. Tendría unos veinticinco años y la tez muy blanca. Sus ojos eran de un azulpálido y muy grandes. Llevaba un vestido blanco ajustado al cuerpo que, por efectos del agua, transparentaba buena parte de sus encantos…

Vanessa era morena y tendría aproximadamente lammisma edad que su amiga. Sus ojos intensamente negros y sus labios carnosos le daban una expresión sensual. Vestía una camisa blanca anudada en la cintura bajo la cual escondía unos pechos muy bien formados.

—Es una suerte que hayáis pasado por aquí —dijo Vanessa—. De lo contrario habríamos tenido que dormir dentro del coche. Esta es una carretera muy poco transitada.

—¿Hacia donde os dirigís? —preguntó Dealey.

—Tenemos reservado un *bungalow* en las inmediaciones de Crown. Pensábamos pasar allí nuestras vacaciones.

—Nosotros estamos muy cerca de allí. En Forsyth. Las llevaremos hasta el *bungalow* y mañana tendréis tiempo de mandar buscar el coche.

Las chicas asintieron.

Roy puso nuevamente el motor en marcha y cogió un camino

lateral en dirección a Crowm.

La lluvia, lejos de amainar parecía haberse intensificado, mientras las descargas eléctricas se sucedían sobre el mar.

El coche traspuso el pequeño pueblo de Crown y se detuvo frente a la recepción del complejo residencial Las Delicias.

—Es aquí —dijo Vanessa.

Roy hizo sonar el claxon un par de veces.

Momentos después, un hombre abrió la puerta de la oficina y, protegido de la lluvia por un paraguas, se acercó al coche.

—¿Qué desean?

—Tenemos reservado un *bungalow* a nombre de Vanessa Hale.

—Es el cuatrocientos tres —dijo el hombre entregándoles las llaves—. Mañana rellenaréis las fichas.

Vanessa cogió las llaves a través de la ventanilla.

—Muchas gracias. Hasta mañana.

El hombre regresó a la oficina y Roy arrancó en dirección al *bungalow*.

—Es aquél —indicó Edgard mirando la numeración que figuraba sobre las puertas de las viviendas.

Dealey detuvo el coche en la puerta.

—¿Por qué no entráis a lomar una copa? —preguntó Helen.

—Es un poco tarde y supongo que estaréis cansadas.

¿Por qué no quedamos para mañana? —preguntó Dealey—. Podríamos cenar juntos… —¡Estupendo! Os esperamos.

Las dos muchachas bajaron del coche y después de despedirse y corrieron hacia la puerta del *bungalow*.

Los dos hombres las vieron entrar y luego se alejaron rápidamente.

—¡Qué par de bombones! —exclamó Edgard—. Debimos aceptar la copa. ¿No te parece?

—Mañana ya tendremos oportunidad de intimidar con ellas.

—Está bien. Pero recuerda: nunca debes dejar para mañana lo que puedes hacer hoy.

Roy sonrió.

—En este caso si. Con las chicas hay que actuar con mucha cautela. Tiempo al tiempo.

—Eres demasiado prudente. Si hubiésemos aceptado la invitación, esta noche dormiríamos acompañados.

—Puede ser. Pero esto no me preocupa demasiado.

Edgard se encogió de hombros y se arrellanó en el asiento con los ojos clavados en la carreiera.

La lluvia seguía cayendo insesantemente y los truenos retumbaban en medio de la noche.

CAPÍTULO II

La habitación se iluminó como si fuera de día y el trueno retumbó con extremada violencia.

Helen se incorporó en el lecho sobresaltada y alterada por la tremenda explosión.

El cuarto estaba nuevamente sumido en la más profunda oscuridad.

Helen encendió el velador que estaba sobre la mesita de noche.

En la cama de al lado. Vanessa dormía plácidamcnte su cuerpo desnudo resultaba sobre el fondo blanco de las sabanas.

«Sólo ha sido un trueno —pensó Helen—. Me he asustado como una niña».

Desde la cama podía oír el repiquetear de la lluvia vive el lecho de la vivienda.

Sin apagar el velador, volvió a recostar la cabeza sobre la almohada.

De pronto, algo se movió junto a la ventana.

Helen alcanzó a ver la sombra proyectarse hacia el medio de la habitación y luego desaparecer.

Se quedó un momento paralizada por el miedo, con los ojos clavados en la ventana.

Estuvo a punto de despertar a su amiga pero se contuvo.

«Deben ser ideas mías —pensó—. No puede haber nadie ahí afuera, con esta lluvia…».

Sin embargo, estaba segura de haber visto una sombra monstruosa y un bulto que se escurría hacia uno de los lados de la ventana.

Temblando de miedo, se puso de pie y se echó una bata sobre su cuerpo desnudo. Avanzó hacia la ventana y miró hacia el exterior.

La lluvia que empañaba los cristales y la negra oscuridad de la noche le impedían ver con claridad. Sólo distinguía la silueta de los *bungalows* vecinos.

Cuando regresaba a la cama escuchó un crujido junto a la puerta, como si alguien hubiese pisado alguna rama.

Aguzó el oído pero ya no escuchó nada más.

Sin embargo, sabía que había alguien al otro lado de la puerta.

Alguien que momentos antes las había estado espiando por la ventana.

Se volvió hacia su amiga que continuaba durmiendo.

—Vanessa, despierta —susurró junto al oído de su amiga.

Vanessa abrió los ojos y vio el rostro pálido y congestionado por el miedo de su amiga.

—¿Qué sucede. Helen? —preguntó alarmada.

—Hay alguien al otro lado de la puerta —susurró Helen en voz muy baja.

Vanessa frunció el ceño y la miró con desconfianza.

—¿Estás segura?

—Vi una sombra junto a la ventana y luego oí un crujido al otro lado de la puerta.

—Debe ser producto de tu imaginación. Estás nerviosa, eso es todo.

—No, estoy segura. Al principio pensé lo mismo que tú y no quise despertarte, pero luego escuché un crujido y estoy segura de que era real.

Vanessa sonrió.

—Sería la rama de algún árbol golpeada por el viento.

—No. Era algo así como una pisada.

Vanessa meditó un instante. Luego dijo:

—Es ridículo, Helen. Esta urbanización está llena ce gente. ¿Quién puede intentar hacernos algo?

—No lo sé. Pero estoy segura de que estamos siendo espiadas.

Con un gesto de resignación, Vanessa se puso de pie y se cubrió el cuerpo con una bata.

—Ahora verás como ahí no hay nadie —dijo.

—¿Qué vas a hacer?

—Abriré la puerta para que compruebes que estabas equivocada.

El rostro de Helen se contrajo de terror. Los dientes le

castañeteaban.

—No… no lo hagas Vanessa. Por favor, no lo hagas.

—¿Por qué no?

—Estoy segura que hay alguien y si abres la puerta entrará.

—No digas tonterías.

Helcn cogió a su amiga por un brazo, pero esta se desprendió y con paso decidido se aproximó a la puerta.

Descorrió el cerrojo y abrió.

Heícii gritó a sus espaldas.

Vanessa ni siquiera tuvo tiempo de hacerlo.

Desde el umbral de la puerta un hombre la golpeó en el cuello con el dorso de la mano.

Vanessa se desplomó hacia atrás sin emitir un solo gemido.

El hombre entró en la habitación y apartó con un pie el cuerpo inconsciente de la muchacha.

Helen lo miró a la cara y quedó paralizada por el miedo.

Era un gigantón de casi dos metros, el cuerpo desgarbado con un hombro más caído que el otro y una joroba que le llegaba casi a la altura del cuello. Tenía el cráneo hundido en uno de los lados y una expresión estúpida en el rostro. La boca siempre abierta y una mirada animal.

Helen retrocedió hasta que su espalda chocó contra la pared.

—No me haga daño —balbuceó con un hilo de voz—. Le daré todo lo que tengo.

El hombre no respondió. Avanzó hacia ella, lentamente, arrastrando los pies.

—¡No! —chilló Helen.

Agarrándose ambas manos a la cabeza, la muchacha grito con todas sus tuerzas.

Nadie acudió a su llamada.

Con los ojos cerrados. Helen no pudo ver la pesada porra del hombre que se levantaba sobre su cabeza.

Solo sintió un golpe terrible a la altura del cuello y todo comenzó a girar a su alrededor.

Quiso volver a gritar pero de su boca no escapó ni un vilo gemido.

Lentamente, se fue deslizando con la espalda pegada a la pared, hasta derrumbarse hacia un costado.

* * *

—Creo que es aquel de allí —dijo Edgard señalando hacia uno de los *bungalows*.

Dealey condujo por el camino de grava hasta detenerse frente a la pequeña vivienda.

Los dos hombres bajaron del coche y Roy pulsó el timbre de la puerta.

—Parece que no hay nadie —dijo Ldgard después de aguardar unos minutos.

—¿Estás seguro de que era éste?

Edgard miró el número que estaba sobre-la puerta del *bungalow* y asintió.

—Creo que sí. El cuatrocientos tres.

—Entonces deben haber salido.

—Dijeron que nos esperarían…

—Las mujeres… nunca se sabe.

Antes de regresar al coche. Edgard miró por la ventana hacia el interior de la vivienda.

Colgado en el perchero estaba el vestido blanco de Helen.

—¡Eh. Roy! Ven aquí.

Dealey se acercó y miró hacia donde su amigo le indicaba.

—¿Ese no es el vestido de Helen?

—Creo que sí. ¿Por qué?

—Es extraño. Elias no llevaban maletas y era la única ropa que tenía. No puede haber salido desnuda. ¿No te parece?

—Claro que no. Pero te olvidas del coche averiado. Habrán ido a buscarlo esta mañana y sacaron de ahí las maletas.

—Es posible. Pero… vayamos a la recepción. Quizás hayan dejado algún recado para nosotros.

Dealey asintió y ambos se dirigieron a las oficinas de la urbanización.

Les recibió un hombre de unos cincuenta años, muy delgado y con los ojos saltones como dos huevos duros.

—¿Las señoritas Helen y Vanessa? —preguntó Roy.

—¿Qué apellidos?

—No lo sé.

—Entonces no puedo decírselo. Aquí registramos a los clientes

por sus apellidos.

—Ocupan el *bungalow* cuatrocientos tres.

El conserje abrió un grueso cuaderno y repasó una lista por el índice.

—En el cuatrocientos tres no hay nadie.

—¿Está seguro?

—Completamente.

Roy y Edgard se miraron extrañados.

—Nos habremos equivocado de número —dijo Edgard—. Estas chicas llegaron anoche a última hora. Usted puede fijarse en el registro y decirnos el número debungalow.

—Anoche no ha entrado nadie.

—No puede ser —protestó Roy—. Nosotros mismos trajimos. Quizá estén registradas esta mañana.

—Tampoco hoy ha entrado nadie. Los últimos lo —han hecho hace cinco días.

—Tiene que haber un error. Acabamos de ver el vestido de una de ellas en el cuatrocientos tres.

El conserje no pudo reprimir una expresión de sorpresa. Pero inmediatamente recobró el aplomo y dijo:

—Habréis visto mal. Sería la bata de alguna de las limpiadoras.

—Puede ser —dijo Roy que comenzaba a impacientarse—. Pero yo estoy seguro de que hemos traído a esas chicas a esta urbanización.

—No lo dudo, señor. Pero quizá sus amigas se hayan marchado antes de tomar la habitación, Muchas veces suceden esas cosas.

Roy fue a protestar pero Edgard lo detuvo.

—No insistas, Roy. Es mejor que nos larguemos. Roy se encogió de hombros y salió acompañado de su amigo.

—Aquí sucede algo raro, Edgard —dijo cuando estuvo fuera de la oficina—. Ese hombre estaba mintiendo.

—Ya lo sé. Pero quizá las chicas no nos quieren recibir y le comunicaron esa orden al conserje.

—No veo por qué no querrían hacerlo. Además, si no quisieran vernos buscarían otra excusa. No van a ser tan idiotas de decir que no vinieron cuando nosotros mismos las trajimos.

—Tienes razón —admitió Edgard—. Aquí pasa algo extraño.

Los dos hombres se encaminaron lentamente hasta el coche por

el camino de grava que permanecía desierto.

—Todo esto es muy raro —dijo Roy mirando en todas direcciones—. No nos hemos cruzado con nadie en todo este rato.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que estamos en verano y esto es un balneario. Tendría que estar lleno de gente.

—Estarán en la playa.

—¿A esta hora? Si ya es de noche.

—Tienes razón. Entonces habrán ido a pasear al pueblo.

Roy no insistió pero sabía que aquello no era posible. La urbanización parecía desierta y aquello tenía que tener alguna explicación.

Ambos subieron al coche y se alejaron rápidamente por el camino de grava.

A través de las rendijas de una persiana, unos ojos les observaban.

CAPÍTULO III

—Ya está todo listo, profesor Hassel. Cuando usted quiera podemos comenzar la intervención.

El profesor Hassel sonrió satisfecho. Era un hombre que aparentaba unos cuarenta años, aunque en realidad tenía más de setenta. Era alto, fornido, de cabellos rubios y pobladas cejas, tenía facciones duras y muy surcadas.

—Estupendo. Eldridge. En seguida bajo.

Eldridge llevaba una túnica blanca y un gorro de enfermero sobre la cabeza. Era un muchacho de unosveinttisiete años, más bien regordete y de rostro ovalado.

El profesor Hassel se puso de pie y él también se cubrió con una túnica blanca.

Estaban en un espacioso salón de una gran mansión cuya fachada estaba en frente mismo de la urbanización Las Delicias. A naves de sus grandes ventanales se podían divisar todos los bungalnwos del gran complejo residencial.

Seguido por Eldridge, su ayudante, el profesor Hassel descendió unas escaleras hasta llegar a la planta baja. Atravesó un oscuro pasillo y entró en una habitación que daba a los fondos de la casa.

—Puedes abrir, Eldridge.

El ayudante descorrió una alfombra y levantó la trampilla que daba a los sótanos.

Bajaron las escaleras y llegaron a un laboratorio iluminado por potentes focos que daban una luz blanquísima. En él habían grandes armarios y estanterías conteniendo frascos, botellas, tubos de ensayo, microscopios y todos los elementos propios de un sitio como ése.

En medio de la habitación habían dos camillas sobre las que

descansaban los cuerpos de Helen y Vanessa. Parecían sumidas en un profundo sueño y tenían las manos atadas a las camillas por unas gruesas correas.

Hassel avanzó hacia los cuerpos de las muchachas, deteniéndose frente a las camillas.

—Hermosos ejemplares —comentó—. ¿Las has examinado?

—Sí. Reúnen todos los requisitos. Tienen la edad indicada y el tipo de sangre que nos interesa. Además, su estado general es muy saludable.

—Perfecto. Si es así obtendremos un preparado de una gran, calidad. La última chica que trajimos no dio buenos resultados a causa de su salud tan frágil.

—Con éstas no sucederá lo mismo. Son tan buenas como las mejores que hemos tenido.

Hasse I se frotó las manos.

—Trae la máquina. EIdridge. Comenzaremos ahora mismo.

El ayudante se dirigió hacia uno de los armarios y sacó una máquina similar a un lavarropas pequeño pero con dos tubos muy finos, uno en cada extremo.

El profesor cogió uno de los tubos y le añadió una aguja hipodérmica de gran tamaño. Luego la iinectósobre el cuello de Vanessa hasta encontrar la yugular.

La sangre comenzó a brotar a borbotones a través del tubo que la vertía sobre el recipiente al que estaba adherido. Ahí se mezclaba con un líquido amarillento que había echado EIdridge. Luego salía por el tubo que estaba en el otro extremo, convertido en un preparado verdoso con el que llenaban numerosas botellas.

Poco a poco el rostro de Vanessa fue perdiendo color hasta convertirse en una máscara blanca como la nieve.

Hassel aplicó el estetoscopio sobre el pecho de la muchacha y dijo:

—¡Corta el suministro de sangre!

EIdridge obstruyó el tubo con una pinza y la sangre dejó de pasar a la máquina.

—Ha muerto —dijo Hassel fríamente—. Ya sabes que la sangre de un muerto no nos sirve para nada.

—Aún nos queda la otra chica.

—La dejaremos para mañana. Con lo que hemos obtenido de

ésta, tenemos preparado suficiente para suministrar a todos nuestros clientes.

EIdridge asintió.

—Sí, señor. ¿Cuándo piensa inyectárselos?

—Mañana por la noche, antes de dormir. Están todos muy impacientes porque los efectos del anterior han comenzado a ceder.

—Me quedaré preparando los frascos.

Muy bien. Eldridge. Cuando lo tengas listo me avisas. Estaré en mi habitación.

El Ayudante se despidió o mi un gesto y el profesor subió nuevamente las escaleras hacia la planta superior. Antes de levantar la trampilla se volvió hacia Hidridge y dijo:

—Ya sabes lo que tienes que hacer con el cadáver de esa chica.

Si, profesor. Pero ¿qué hacemos con la otra?

—Mantenía dormida pero no dejes de alimentarla por via intravenosa. Cuando le quite la sangre quiero que esté en excelentes condiciones. De lo contrario no servirá para nada.

Eldridge asintió y el profesor levantó la trampilla desapareciendo a los ojos de su ayudante.

Después de disfrutar de tres días de sol y playa. Roy Deaiev y Edgard Canon emprendieron el regreso a la ciudad.

Ya casi ni se acordaban de aquellas dos chicas que habían encontrado en el camino.

Dealey conducía a gran velocidad aprovechando que la carretera estaba desierta, Eran las primeras horas de la mañana y ambos querían llegar antes del mediodía para reintegrarse al trabajo después de comer.

De pronto, al acercarse al cementerio de Crown, Deadley piso los frenos del coche.

—¿Qué sucede? —preguntó Edgardd extrañado.

Deaiey señaló hacia un coche aparcado junto a la carretera.

—¿Lo reconoces?

—Claro. Es el de las chicas.

—Es muy extraño. Lo lógico es que lo hubiesen recogido hace días.

Deaiey acercó su coche junto a la carretera, justo detrás del de las muchachas.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Edgard.

—Investigar. Eso me huele muy mal.

Los dos hombres bajaron del coche y se acercaron al otro.

Al mirar a través de los cristales de la ventanilla. Roy dejó escapar una exclamación.

Sobre el asiento de atrás estaba el bolso de una de las chicas además de una pequeña maleta.

—¡Ni siquiera han recogido los bultos! —exclamó Edgard.

—Lo que indica que no han venido a buscar el coche.

—¿Y entonces cómo explicas lo del vestido? No creo que Helen saliese desnuda.

—No creo que haya salido desnuda, ni tampoco vestida.

Edgard enarcó las cejas.

—¿Qué quieres decir?

—Que esas chicas están en peligro. Han sido secuestradas o asesinadas. Lo presiento.

—Lees demasiadas novelas. Roy.

—Puede ser que todo sea una fantasía. ¿Pero cómo explicar todo esto? Primero quieren hacernos creer que ellas no se alojaron allí cuando fuimos nosotros mismos los que las llevamos, luego está lo del vestido y por último el coche aquí abandonado.

Edgard se encogió de hombros.

—No lo sé. Quizás estén enfermas y por ello no hayan venido por el coche.

—Si lo estuviesen enviarían a alguien a buscar la ropa. Unas chicas como esas son de las que se mudan de vestido cada cinco minutos. No me las puedo imaginar tres días con las mismas ropas.

Edgard meditó un instante con el ceño fruncido.

—Creo que todo esto es una locura. Roy. Una fantasía. Tiene que haber otra explicación.

—¿Cuál? Si la sabes haz el favor de decírmela.

Edgard sacudió la cabeza.

—No lo sé. Pero tú eres cronista de la página policial y creo que es por eso que imaginas ese tipo de cosas. Yo, en cambio, me dedico al periodismo deportivo y veo las cosas mucho más sencillas.

—Aún no me has dado ninguna explicación.

—Ni pienso dártela.

—Muy bien. ¿Pero querrás ayudarme?

Edgard lo miró con desconfianza.

—¿Ayudarle? ¿En qué?

—Iré a ver al *sheriff* de Crown y le explicaré todo lo que ha sucedido.

—Ni pienses que te voy a acompañar. No quiero que me encierren por loco.

—No te lo iba a pedir. Sólo quiero que te quedes junto al coche hasta que yo regrese.

Edgard hizo un gesto de resignación.

—Está bien. Pero no te demores.

Ames de partir. Roy recordó que ni siquiera sabía el nombre de las muchachas. Se volvió hacia el coche de ellas y abrió la protezuela que estaba cerrada sin tranca.

En primer lugar registró el bolso y encontró una agenda y unos papeles a nombre de Vanessa Hale. También había un telegrama en el que le confirmaban la reserva del *bungalow* en la urbanización Las Delicias.

Se guardó el telegrama en el bolsillo y registró la guantera del coche. Encontró un permiso de conducir a nombre de Helen Curtis y anotó el nombre y la dirección en Los ángeles.

Con eso era suficiente para hacer la denuncia y poder iniciar una investigación.

Mientras registraba el resto de los papeles. Edgard lo miraba desde la calle con impaciencia.

—¿Por qué no te marchas de una vez? —preguntó—. Cuanto antes terminemos este asunto, mejor. Quiero llegar a San Francisco antes de las tres de la tarde. Recuerda que a esa hora entramos a trabajar en el periódico.

Roy asintió y saliendo del vehículo de las muchachas se dirigió ál suyo.

—No te muevas de aquí —dijo antes de poner el motor en marcha—. Espero regresar en unos minutos.

—¿Adonde quieres que vaya? Si ni siquiera tengo coche.

Dealey sonrió por el mal humor de su amigo y saludándolo con la mano en alto, apretó el acelerador. El coche arrancó bruscamente perdiéndose tras la primera curva.

CAPÍTULO IV

Recostado contra el morro del coche. Edgard Garlón consultó su reloj de pulsera.

Eran las nueve y veintisiete.

Hacia veinte minutos que Roy habia partido en busca del *sheriff*.

«No debi dejarlo marchar —pensó—. Todo esto no es más que una locura fruto de su imaginación».

Se sentía molesto e impaciente. Si Roy seguía demorándose no llegarian puntuales al periódico y el viejo Evans les echaría la bronca.

Mientras maldecía en voz baja oyó el chirrido de unos frenos detrás suyo.

Vio el Jaguar se había detenido a un par de metros del coche averiado.

Cuando Edgard se volvió, por la ventanilla del coche apareció la rubia cabellera del profesor Hassel.

—¿Necesita auxilio? —preguntó con acento marcadamente alemán.

—No, gracias. Mi amigo ya ha ido a Crown. Supongo que no se demorará.

—¿Una avería grave?

—No lo sé. El coche es de unas amigas nuestras que nos han enviado a buscarlo.

Edgard no tenía ganas de explicar las sospechas de su amigo sobre la desaparición de las jóvenes. Pretería evitar preguntas y comentarios y acabar cuanto antes con este asunto.

El profesor Hassel bajó del Jaguar y se acercó al coche averiado.

—Yo entiendo de mecánica. Quizá sólo sea alguna tontería. ¿Quiere que se lo mire?

—No hace falla. Mi amigo se ha llevado las llaves. —¿Por qué no abre la tapa del motor? No es necesario que lo ponga en marcha.

Edgard se encogió de hombros y se introdujo en el coche.

Mientras buscaba la palanca, el profesor Hassel se aproximó por detrás suyo.

La hoja de un cuchillo centelleaba en su mano derecha.

—No encuentro la maldita palanca —protestó Edgard sin volverse.

El profesor dio un paso más.

—Debe estar debajo del volante.

Edgard se inclinó hacia delante.

—No veo nada —dijo mientras tanteaba con las manos—. Debe estar en otro lugar.

—Tiene que estar ahí.

Hassel se situó a un paso de Edgard que continuaba buscando a ciegas en el interior del coche. Levanto la mano con el puñal y dijo:

—Muevese un poco más a su derecha.

Edgard se volvió a medias y por el rabillo del ojo vio la afilada hoja del puñal.

Quiso esquivar el golpe.

Pero le faltó rapidez para hacerlo.

Sintió el frío contacto del acero al enterrarse en sus entrañas y dejó escapar un alarido.

Agitó las manos desesperadamente, intentando evitar una nueva puñalada.

Pero los ojos se le nublaron y las fuerzas le abandonaron.

Ya no pudo ver cuando Hassel levantaba el cuchillo ensangrentado y lo enterraba debajo de la nuca.

* * *

Roy Dealey detuvo el coche a un costado de la carretera y miró como atontado el espacio vacío.

No podia entenderlo. Estaba seguro de que aquél era el lugar donde había dejado a Edgard con el coche averiado.

En el asiento del acompañante estaba el *sheriff* Tom Murray. Un hombre alto y de pelo canoso.

—¿Por qué se detiene?

—Era aquí.

El *sheriff* miró en todas direcciones.

—¿Está seguro?

—Sí. Completamente. Algo tuvo que suceder para que hayan desaparecido.

—Seguramente aparecieron sus propietarias con un mecánico y se lo han llevado.

Dealey negó con un movimiento de cabeza.

—No lo creo. Mi amigo me habría esperado.

—Pues no lo ha hecho. Habrá decidido seguir el viaje con las muchachas.

—No. Algo muy extraño está sucediendo aquí.

—Mire, Dealey —dijo el *sheriff* con tono amenazador—, ¿por qué no deja de jugar a los detectives? Ya he tenido suficiente con acompañarle hasta aquí. Haga el favor de llevarme de nuevo a mi despacho y olvídese Je este asunto. Cuando regrese a San Francisco su amigo le estará esperando.

Dealey no respondió. Abrió la portezuela del coche y descendió a la carretera.

Una pequeña mancha le llamó la atención junto a la banquina, donde había estado aparcado el coche de Helen. Era una mancha rojiza, color sangre.

Dealey se acercó y la tocó con la yema del dedo.

Ahora ya no tenía la menor duda.

Aquello era sangre y estaba fresca.

—¡Eh, *sheriff*! Mire esto, por favor.

Murray bajó del coche y se acercó con desgana.

—¿Qué pasa ahora?

Roy señaló hacia las gotas de sangre.

Murray miró hacia abajo y frunció el ceño.

—Parece sangre.

—Lo es y está fresca. Aquí se ha cometido un crimen. Murray. Ahora no puede negarlo.

—Unas gotas de sangre no prueban nada. Quizá su amigo se lastimó una mano tratando arreglar el coche.

Roy negó con la cabeza.

—No creo que Edgard se haya lastimado, ni siquiera que haya intentado abrir la tapa del motor. Alguien está interesado en que

esas chicas no aparezcan e intentan hacer desaparecer todos los rastros. Cuando yo fui a su oficina debieron venir a buscar el coche y se en encontraron con Edgard. Seguramente lo atacaron y lo hirieron.

—Demasiadas conjeturas, amigo. Creo que es demasiado pronto para intentar reconstruir tamaña historia. Ya le digo que lo más probable es que su amigo se haya ido con las chicas en el coche… si es que existen esas chicas y ese coche.

Deaiey lo miró indignado.

—¿Que insinúa?

—Que todo puede ser obra de su imaginación. Roy sacó el telegrama dirigido a Vanessa Hale en el que se confirmaba la reserva del *bungalow*. ¿Y que me dice de esto?

El *sheriff* encogió de hombros.

—No es ninguna prueba de nada.

—¿Y las gotas de sangre tampoco, verdad?

—Usted está demasiado excitado, señor Deaiey —dijo el *sheriff* —. Cuando tenga una prueba concluyente de que ha existido un crimen entonces investigaré. Ahora, haga el favor de llevarme a mi despacito y no molestarme más.

Deaiey hizo un gesto de desesperación. Tuvo deseos de insultar al *sheriff*, de decirle que era un inepto, pero se contuvo. Sabía que si lo hacia no ganaría más que un disgusto.

—Si es así, investigaré por mi cuenta, señor Murray —dijo Roy al tiempo que se sentaba al volante de su coche.

El profesor Hassel detuvo el coche a veinte metros de de la curva en lo alto de la gran cornisa. Junto a él estaba Palrick, el grandullón del cráneo hundido y en el asiento de atrás yacía el cadáver de Edgard.

—Bajemos —dijo Hassel.

El gigantón asintió con un extraño sonido gutural y ambos descendieron del coche.

—Ahora empújalo hasta que caiga al precipicio —ordenó el profesor.

Patnck apoyó sus mana/as contra la parte trasera del coche y comenzó a empujarlo con toda facilidad, como si se tratase de un juguete.

El coche ganó velocidad y, al llegar a la curva, siguió de largo,

despeñándose hacia el fondo del acantilado.

Los ojos idiotizados de Palrick lo vieron rebotar contra una de las rocas y sumergirse en las profundidades del océano.

Hassel extrajo un puñado de caramelos del bolsillo de la americana y se los extendió al idiota.

—Toma. Patrick. Te los has ganado.

Los ojos de Patrick brillaron por un momento. Cogió los caramelos y emitió un ronco sonido gutural.

—Vamos. Patrick. Eldridge nos espera.

Los dos hombres avanzaron por la carretera hasta encontrar el Jaguar a un costado del camino.

Eldridge estaba al volante y al verlos llegar puso el motor en marcha y abrió las portezuelas. Hassei se acómodo a su lado y Patrick en el asiento posterior.

—Ya hemos borrado todos los rastros —dijo el profesor—. El coche y ese intruso descansan en el fondo del océano.

—Aún queda el otro —dijo Eldridge—. Peter dice que estuvieron haciendo preguntas en la conserjería de la urbanización. Querían saber dónde estaban las dos mujeres.

—Ya lo sé. Pero no te preocupes. Eldridge, También nos encargaremos de ese entrometido.

CAPÍTULO V

Roy Dealey entró en el pequeño hospital de Crown \ se dirigió directamente a la centralita de información.

Una joven de algo más de veinte años levantó la vista hacia él. Era rubia, esbelta y tenía unos ojos grandes e intensamente azules.

—¿En qué puedo servirle, señor?

—Quisiera que me informase si en las últimas horas ˆe ha ingresado a alguna persona accidentada.

—No. El último accidentado entró hace más de quince días y ya fue dado de alta. Piense que este es un pueblo pequeño y, afortunadamente, hay pocos accidentes.

—¿Tampoco ingresó ninguna muchacha enferma?

La joven enarcó las cejas, intrigada.

—Creo que no. Tendré que fijarme en la lista. Pero… ¿qué es lo que está buscando?

—Han desaparecido unos amigos y pensé que podría haberles pasado algo. Son dos chicas y un hombre.

—¿Por qué no va a ver al *sheriff*?

—Ya fui, pero no me ha prestado la menor atención.

No entiendo por qué, pero en este pueblo pasan cosas muy raras.

—Yo soy nueva aquí. Llevo apenas un par de meses. Sin embargo…

La muchacha dejó la frase en suspenso.

Roy preguntó:

—¿Iba a decir algo?

—No creo que tenga ninguna importancia, pero hace algo más de un mes pasó algo similar.

Dealey abrió los ojos por la sorpresa.

—¿Otras desapariciones?

—Sí. Una chica francesa. Estaba aquí haciendo turismo y sus padres afirman que no regresó a casa.

—¿Está segura?

La muchacha asintió.

—Completamente. Los padres estuvieron aquí mismo, hablando conmigo. También querían saber si no estaba ingresada.

—¿Pudieron encontrarla?

—Que yo sepa, no. Estuvieron algo así como una semana y luego se fueron convencidos de que su hija se había ahogado en la playa o algo parecido.

Dealey sintió que el corazón le latía aceleradamente. Esto confirmaba sus sospechas de que allí sucedía algo muy extraño. No es normal que la gente desaparezca así como así.

—Quisiera que me lo contara todo —dijo con ansiedad—. Creo que puede ser muy importante.

La joven se disponía a hablar cuando en sus ojos apareció una expresión de miedo.

—Ahora no puedo. Ahí viene el director del hospital.

Roy se volvió y vio a un hombre delgado y de larga barba blanca que se acercaba hacia ellos.

—Si quiere seguimos hablando fuera de aquí —agregó ella—. Salgo a las nueve de la noche.

—Vendré a buscarla. ¿Cuál es su nombre?

—Sheila.

Dealey se disponía a marcharse cuando el director se dirigió a él:

—¿Podemos servirle en algo?

Roy negó con un movimiento de cabeza.

—No, muchas gracias. Ya he hablado con la señorita.

—¿Buscaba a alguien?

—Sí, pero se ve que no está aquí. Seguramente me he alertado sin motivo.

—Suele suceder muy a menudo. Cuando alguien se demora o no aparece siempre pensamos lo peor.

Despidiéndose con una leve inclinación de cabeza. Dealey salió del hospital. Tenía el convencimiento de que nunca más volvería a ver a Edgard Garton.

—Sus pacientes ya están aquí, profesor Hassel.

El profesor Hassel levantó la cabeza hacia su ayudante que

aguardaba la respuesta junto a la puerta entreabierta del despacho.

—Hazles pasar.

—¿A todos?

—Sí. Prefiero hablar con todos juntos y no tener que repetir lo mismo a cada uno de ellos.

Eldridge salió al vestíbulo y momentos después regresó acompañado por un grupo de catorce ancianos. Tenían los rostros arrugados y pálidos como cadáveres. Sus ojos, inyectados en sangre, miraban expectantes y ansiosos al profesor Hassel.

—Tomen asiento, señores. Tengo buenas noticias para ustedes.

Los viejos avanzaron con paso tembloroso y se sentaron en los amplios sofás del despacho.

Hassel sonrió y saliendo de detrás del escritorio, se acomodó frente a ellos.

—El tónico ya está preparado. Esta noche iniciaremos una nueva etapa del tratamiento.

—¿Cuánto durará esta vez?

—Al menos cinco años o quizá diez.

—La vez pasada usted dijo lo mismo y apenas duró diez meses.

Hassel sonrió.

—¿No está conforme, Slaton? Si no lo está puede marcharse ahora mismo. No tengo ningún interés en tenerle aquí.

Una expresión de temor se reflejó en los ojos del viejo.

—No… —balbuceó—. No quise decir eso… Es que pensaba que los efectos durarían aún más tiempo.

—Durante diez meses usted vivió como un joven de cuarenta años. Pudo disfrutar de las mujeres, hacer deportes, comer y beber cuanto quiso, salir de juerga con sus amigos. ¿Qué más quiere?

—Hemos pagado diez millones de dólares —protestó otro de los ancianos.

Hassel lo miró con odio y rencor.

—¡Diez millones de dólares a cambio de recuperar la juventud! Ni todo el oro del mundo puede pagar lo que yo les he dado. Usted, Lorac, tiene ochenta y siete años. Dentro de un mes, cuando acabe el tratamiento será un hombre de treinta y ocho o cuarenta. Y todos ustedes igual.

Un murmullo de aprobación se escuchó entre los ancianos.

—No nos quejamos, Hassel —dijo Staton en representación de

todos—. Nos parece un precio justo y lo hemos pagado sin protestar. Todos queremos recibir el tratamiento y de acuerdo a lo convenido pagaremos otro tanto cuando éste haya finalizado.

—¿Entonces, qué es lo que les preocupa?

—El tiempo. Queremos saber con toda sinceridad cuánto durará esta vez.

—Ya se lo dije. Supongo que durará de cinco a diez años. Incluso puede ser que más. Aunque prefiero no ser tan optimista. He variado el tratamiento. En lugar de una semana estarán aquí un mes y recibirán una dosis diaria. Esto permitirá que los efectos sean más duraderos, siempre y cuando vuelvan una semana cada dos años a reforzar el tratamiento.

Los ancianos asintieron.

—De acuerdo, Hassel. Confiamos en usted.

—Esta noche, después de la cena, recibirán la prime ra dosis. Luego se instalarán en los *bungalows* y permanecerán alli hasta el final del tratamiento.

—¿Podremos salir a la calle?

—No. Podrán pasear dentro de la urbanización. No quiero que la gente del pueblo les vea hasta que estén completamente rejuvenecidos. Ahora regresen a sus habitaciones y no salgan de allí hasta la hora de la cena.

Los viejos se pusieron de pie y salieron lentamente del despacho, ayudados la mayoría de ellos por sus bastones.

* * *

Eran las nueve en punto de la noche, cuando Sheila salió del hospital. Vestía una blusa ceñida al cuerpo que remarcaba el hermoso contorno de sus senos pequeños pero muy bien formados.

Desde el volante de su coche, Roy le hizo una seña con la mano en alto.

La muchacha cruzó la calle corriendo y miró en todas direcciones para comprobar que nadie les veía. Luego abrió la portezuela y se sentó en el asiento del acompañante.

—¿Por qué tantas precauciones? —preguntó Roy.

—En estos pueblos pequeños la gente se aburre y no hace más que fijarse en los demás. Eso es peligroso.

Dealey puso el motor en marcha y preguntó:

—¿Adonde vamos? Quisiera un lugar tranquilo donde poder hablar sin interrupciones.

—Puede venir a mi casa si lo desea.

—No quisiera ser una molestia.

Sheila sonrió.

—No lo es, de verdad. Le prepararé una cena.

Dealey aceptó y pisando el acelerador se alejó rápidamente del hospital.

Dirigido por la joven, atravesó el pueblo de Crown y se detuvo frente a una pequeña pero hermosa casita situada a la salida del pueblo, en lo alto de una montaña.

Mientras Sheila buscaba la llave, Roy echó un vistazo a las cercanías, divisando en la ladera de la montaña la urbanización Las Delicias y la mansión del profesor Hassel.

—Ya puede pasar —dijo Sheila sosteniendo la puerta entreabierta.

Dealey siguió a la muchacha hasta el salón y, a través de la gran ventana de cristal, contempJó las olas que rompían contra las rocas al otro lado de la montaña.

—Hermosa vista —dijo.

—Sí. Es lo mejor que tiene esta casa.

Sheila sirvió dos vasos de vermuth y se sentó frente a él en el sofá.

—Cuando nos interrumpió el doctor Cockburn usted iba a preguntarme algo.

—Sí. Quería saber más detalles sobre la desaparición de la chica francesa. ¿Recuerda dónde se hospedaba?

—Sí. En la urbanización Las Delicias.

Roy se sobresaltó. Había esperado y temido esa respuesta.

—Lo suponía. Mis amigas también se alojaban ahí.

Ahora fue Sheila la que se sobresaltó.

—¿No le parece demasiada coincidencia?

—Sí. En esa urbanización pasa algo extraño. Cuando fuimos a preguntar por estas muchachas nos dijeron que no habían estado nunca ahí, cuando nosotros mismos las habíamos llevado el día anterior.

—¿Eso le dijeron?

—Sí. Además, ¿no le resulta raro que nunca se vea a nadie en los *bungalows* estando en plena temporada de verano?

—Nunca había pensado en ello, pero ahora que lo dice… Desde aquí sólo se ve luz en la mansión del profesor Hassel.

—¿El profesor Hassel? ¿Quién es?

—Un científico alemán. Dicen que es un sabio. Vive en la mansión que está junto a la urbanización y creo que es el dueño de todo ese predio.

—¿De Las Delicias también?

—Creo haberlo oído decir alguna vez.

—Entonces tendré que hacerle una visita.

—No creo que le reciba.

—¿Por qué?

—No suele ver a nadie. Sólo sale algunas veces en su Jaguar acompañado por su ayudante y su mayordomo.

—¿Adonde se dirige?

La muchacha se encogió de hombros.

—No tengo ni idea.

—Resultará fácil averiguarlo. Sólo es cuestión de seguirle en mi coche.

—Creo que se va a meter usted en un lío.

Dealey bebió un largo sorbo de vermouth y encendió un cigarrillo. Después de exhalar una profunda bocanada de humo; dijo:

—No me iré de aquí hasta que no averigüe dónde están esas muchachas y mi amigo Edgard.

—¿Qué le pasó a él? No me lo ha dicho.

—Le dejé esperándome junto al coche averiado de las muchachas y fui a buscar al *sheriff*. Cuando regresé no estaba ni él, ni el coche. Pero sí descubrí unas manchas de sangre sobre el asfalto.

Sheila abrió la boca muy grande por el asombro.

—Entonces… algún crimen debe haber ocurrido.

—De eso estoy seguro.

La muchacha parecía asustada. Sin embargo dijo:

—Si necesita ayuda cuente conmigo. Usted solo no puede hacerlo todo.

Dealey sonrió satisfecho.

—Gracias, Sheila. Lo tendré en cuenta. Quizá tenga que pedirte algún favor.

Roy se puso de pie.

—Ya es hora de que me vaya.

—¿Olvida que le invité a cenar?

—No lo olvidaba, Sheila. Muchas gracias, pero quisiera darme una vuelta por la urbanización. Espero descubrir alguna cosa.

—Entonces le acompaño. Comeremos a la vuelta.

—¿No tienes miedo?

—Un poco, no voy a negarlo. Pero presiento que usted puede necesitar ayuda.

—Sólo pienso vigilar desde el coche.

—De todas formas le acompañaré.

—Está bien. Vamos.

Sheila cogió el bolso y ambos salieron de la casa.

Debajo, en la ladera de la montaña, la mansión del profesor Hassel, tenuemente iluminada por el resplandor de la luna, ofrecia una visión siniestra, fantasmagórica.

CAPÍTULO VI

Helen abrió los ojos y sintió el frío contacto de la loza debajo de su cuerpo desnudo.

Poco a poco, los efectos de la anestesia habían ido cediendo y su cerebro fue despejando lentamente las densas brumas que lo envolvían.

En un principio, sus ojos muy abiertos no pudieron distinguir más que unas formas imprecisas que parecían bailar ante ella.

Al cabo de un momento, todo se fue aclarando y ganando nitidez. Se dio cuenta de que estaba en una; amplia habitación llena de frascos, tubos de ensayo y extraños aparatos.

Entonces recordó lo que había sucedido en el *bungalow* y buscó a su amiga con la mirada.

Ella no estaba allí.

Intentó incorporarse pero las gruesas correas que sujetaban sus brazos le impidieron moverse.

Helen palideció.

¿Adonde diablos la habían llevado?

En un principio había tenido la esperanza de encontrarse en un hospital pero inmediatamente se dio cuenta de que no era así.

En los hospitales no acostumbraban a atar a sus pacientes a las camillas. Además, todas aquellas cosas que la rodeaban resultaban extrañas para ella.

Era evidente que estaba prisionera. ¿Pero de quién?

Ella no era millonaria y ningún delincuente podría obtener nada con su secuestro.

Tampoco tenía enemigos, al menos que ella supiera, ni objeto alguno de valor para sustraerle.

Sólo se le ocurría una cosa. Podía tratarse de un maníaco sexual,

de un enfermo que la tenía prisionera para someterla a todos sus caprichos y vejámenes.

Ella tenía un hermoso cuerpo que ofrecer. Era lo único valioso que tenía y por eso se convenció de que estaba en lo cierto.

Pero si era así, ¿qué tenían que ver todos aquellos extraños objetos de laboratorio?

Helen se lo estaba preguntando cuando oyó el ruido de unos pasos sobre su cabeza.

Momentos después vio que la trampilla se abría y distinguió la silueta de un hombre en lo alto de la escalera.

Cerró los ojos fingiendo estar dormida y escuchó el crujir de los peldaños bajo su peso.

—¡Patrick, Eldridge, venid pronto!

Helen escuchó la voz y distinguió en ella un marcado acento extranjero. Estaba segura de no conocer al que hablaba.

Habían transcurrido unos segundos cuando a sus oídos llegaron los pasos de otros hombres.

—¡Trae la máquina, Eldridge!

Un ligero temblor recorrió el cuerpo de la muchacha.

—¡Patrick, trae aquí las botellas!

Helen oyó el horrible graznido de Patrick y sintió que la sangre se le helaba en las venas.

Abrió los ojos muy lentamente y descubrió la horrible figura del gigantón que se aproximaba a ellla con una botella en la mano.

Una expresión de terror y repugnancia cruzó su rostro y abrió la boca muy grande.

Hassel se volvió hacia ella.

—¡Está despierta, imbéciles! —exclamó—. No le habéis dado la anestesia suficiente.

Helen vio el horrible rostro de Patrick abalanzarse sobre ella y llenó sus pulmones de aire lanzando un alarido.

Un alarido de terror que rebotó contra las paredes del sótano y rompió el silencio de la noche.

—¿Oíste eso?

—Parecía un grito…, un grito horrible…

Sheila temblaba de miedo junto a la verja de la mansión del profesor Hassel. A su lado, Roy Dealeyescrutaba en la oscuridad intentando percibir algún movimiento, alguna señal.

—Era una mujer —dijo Roy—. Un grito de mujer.
—Tengo miedo, Roy. Esto no me gusta nada.
—Ni a mí. Ahí adentro está sucediendo algo extraño.
—Deberíamos avisar al *sheriff* Murray.
—¿Para qué? No nos hará el menor caso.
—Podría ordenar un registro de la casa…
Dealey negó con un movimiento de cabeza.
—No lo hará. Murray no dará un solo paso si no tiene pruebas concretas. Ya me lo ha dicho.
—De todas formas deberíamos intentarlo.
—No. Investigaremos por nuestra cuenta. Si descubrimos algo elevaremos la denuncia.
Sheila se estremeció.
—¿Investigar por nuestra cuenta? Es demasiado arriesgado.
—Sólo asi podremos descubrir algo.
—¿Qué piensa hacer?
—Daré una vuelta por el jardín y trataré de espiar por las ventanas.
—Es una locura. Nos descubrirán.
—Tú quédate aquí. Iré yo solo.
La muchacha negó con un movimiento de cabeza. Temblaba de la cabeza a los pies.
—No pienso quedarme sola.
—Entonces ven conmigo. Vamos.
Dealey trepó ágilmente a lo alto de la verja y extendiéndole la mano la ayudó a subir.
Debajo, el jardín estaba sumido en la más profunda oscuridad. Sólo se distinguían las gruesas siluetas de los árboles y las malas que rodeaban la casa.
—Puede haber algún perro —susurró Sheila.
—No lo creo. Si lo hubiera ya habría ladrado.
Cogiéndose con ambas manos del extremo de la verja, Dealey se desprendió hacia abajo, cayendo suavemente sobre la hierba.
Extendió los brazos hacia la muchacha.
—¡Vamos, salta! —ordenó imperiosamente a media voz.
Sheila se dejó caer y Roy la sostuvo entre sus brazos.
Durante unos segundos permanecieron ocultos detrás de un viejo tronco.

En el jardín no parecía haber vigilante alguno y el silencio era total, absoluto.

* * *

El cuerpo de Helen se estremeció en una horrible convulsión y un fuerte ronquido escapó de su boca entreabierta. Luego sus músculos se pusieron tensos, rígidos.

Sus ojos, muy abiertos, adquirieron una expresión vidriosa.

—Está muerta —dijo Hassel retirando el estetoscopio del cuerpo ya sin vida de la muchacha.

Eldridge pinzó el tubo y la sangre dejó de fluir. Luego retiró la aguja hipodérmica y comenzó a llenar los frascos con aquella sustancia verde y viscosa.

—Ya tenemos preparado suficiente para más de la mitad del tratamiento —dijo Hassel mirando los frascos dispuestos en una de las vitrinas.

—Necesitaríamos otro tanto para completarlo.

—Habrá que conseguir urgentemente otra muchacha con las mismas características.

—¿Y por qué no un muchacho?

—Ya te he dicho que sólo sirve la sangre de hembra entre veinte y veinticinco años. Sólo las mujeres de esa edad tienen la molécula Hassel en su sangre.

—Eso nos limita mucho. ¿Nunca ha probado con la sangre de un hombre?

Hassel sonrió.

—Sí. Hace muchos años y sólo como experiencia. El resultado fue totalmente negativo.

Eldridge terminó de llenar los frascos y los contó.

—De ésta hemos obtenido tres litros.

—Uno más que la anterior. No está mal.

—Sin embargo las cantidades son siempre pequeñas —dijo Eldridge amargamente—. Habría que estudiar otra forma de obtener la sangre.

Los ojos de Hassel brillaron de indignación.

—¿Otra forma? ¿Qué quieres decir con eso?

—Resulta difícil y arriesgado ir atrapando jovencitas de esa edad

y que reúnan las características necesarias. Sería preferible poder contar con un banco de sangre, ¿no le parece?

—¡No! —exclamó Hassel—. Deberías saber que sólo nos sirve la sangre fresca y que sólo sacándola de la yugular podemos obtener la molécula Hassel en su estado más puro. Además necesitamos toda la sangre de un mismo individuo para poder iniciar el tratamiento.

Eldridge bajó la cabeza.

—No quise molestarle, profesor. Sólo pensé que podría haber otra forma menos arriesgada y más eficaz.

—¡Pues no la hay! No quiero que vuelvas a insistir en el tema.

El ayudante asintió y comenzó a verter el preparado en catorce pequeños frasquitos. Una vez que hubo terminado, se dirigió nuevamente al profesor Hassel:

—Están listas las dosis para esta noche.

—Muy bien. Sube todos los elementos necesarios.

Iré a preparar a los pacientes.

Mientras su ayudante comenzaba a guardar los frascos y las jeringas en un maletín, el profesor Hassel se dirigió a la planta superior seguido del gigantón.

Protegidos por las sombras de la noche, Roy y Sheila se acercaron sigilosamente a la fachada gris y sombría de la vieja edificación.

Una suave brisa con olor a salitre soplaba desde el océano agitando levemente las copas de los árboles y proyectando oscuras sombras que parecían bailotear sobre la hierba bajo el tenue resplandor de la luna.

Roy sintió la mano helada de la muchacha que se aferraba a la suya y vio las expresiones y los músculos tensos de su rostro.

—No temas —susurró al oído de la muchacha—. Si nos descubren simularemos ser una pareja de enamorados.

—¿Cree que se lo tragarán?

—¿Por qué no? Aún no me siento viejo como para dejar de gustar a una joven como tú.

Las mejillas de la muchacha se ruborizaron levemente.

—No me refería a eso. Es que este lugar no es propio para los enamorados.

—Todos los lugares apartados son propios para el amor.

Sheila no respondió. Siguió avanzando cogida de la mano del

hombre hasta detenerse contra una de las paredes exteriores de la casa.

Roy señaló hacia una ventana entrabierta por la que se filtraba la luz de una bombilla.

—Ahí parece que hay alguien —susurró—. Vamos a echar una ojeada.

Agazapados y avanzando cuidadosamente para no hacer ruido, se acercaron a la ventana entrabierta. Una pesada cortina impedía ver el interior de la habitación.

Roy levantó la cabeza y descorrió ligeramente la cortina.

A través de la pequeña abertura pudo ver que se trataba de una espaciosa habitación. Habían varias camas alineadas contra la pared como si se tratase de un hospital. Sobre las camas yacían los cuerpos arrugados de otros tantos individuos.

Momentos después el profesor Hassel y su ayudante entraron por una puerta y los viejos se incorporaron ansiosos.

—¡Es el profesor Hassel! —susurró Sheila al oído de Roy.

—¿Quién es el otro?

—Eldridge, su ayudante.

Desde su posición no podían oír más que palabras y frases entrecortadas.

«Tratamiento… preparado… juventud… *bungalows*…».

Las palabras llegaban inconexas y sin sentido a los oídos de Roy que se esforzaba por escuchar y comprender.

De pronto, los viejos se remangaron las blusas y Eldridge comenzó a inyectarles un líquido verde y espeso.

—¿Qué será eso? —preguntó Sheila.

—No lo sé. Probablemente un tónico o un medicamento.

—No sabía que aquí hubiese un hospital genátrico. Siempre pensé que Hassel vivía sólo con su ayudante y su mucamo.

Una vez que todos los ancianos fueron inyectados, Hassel dijo con voz fuerte y clara:

—Ahora pueden ocupar los *bungalows*. Los efectos del preparado comenzarán a notarse dentro de veinticuatro horas.

Dicho esto, Hassel y el ayudante se retiraron de la habitación mientras los ancianos comenzaban a preparar sus cosas.

—Se mudan a los *bungalows* —dijo Sheila en voz muy baja.

—Sí. Pero… ¿qué será ese «preparado» al que se refirió Hassel?

Sheila se encogió de hombros.

—No lo sé. Probablemente algún tónico revitalizan-te. Se usa mucho en los hospitales geriátricos.

Roy se sentía desilusionado. Esperaba encontrar algún indicio sobre la desapareción de Edgard y las muchachas y sólo había dado con un hospital para ancianos.

—Ya podemos irnos —dijo—. No creo que esta noche podamos encontrar nada más.

—¿Y el grito que escuchamos?

—Quizá haya sido de alguno de estos viejos.

—No —dijo Sheila que ahora parecía más decidida—. Estoy segura que era un grito de mujer.

—De todas formas está visto que hoy no descubriremos gran cosa. Mañana seguiremos investigando.

Sheila asintió y siguió al hombre a través de los matorrales del jardín. Cuando estaban a punto de alcanzar la verja escucahron un ruido que parecía provenir de una pequeña puerta de servicio.

—¡Agáchate! —exclamó Roy al tiempo que se zambullía detrás de un tronco.

Asomando la cabeza sobre el tronco, vio la silueta enorme de Patrick que llevaba una gran bolsa cargada al hombro.

El gigantón avanzó arrastrando los pies y abrió la portezuela posterior de una furgoneta, arrojando la bolsa en el interior.

Momentos después apareció Eldridge y se sentó al volante de la furgoneta. Puesto el motor en marcha y esperó a que Patrick se acomodase a su lado. Luego el vehículo partió por el camino de grava y se detuvo ante los portales de la mansión.

Mientras Patrick abría los portales para dar paso a la furgoneta, Roy y Sheila saltaron rápidamente la verja y corrieron hacia el coche que estaba aparcado frente a uno de los lados de la mansión.

—Los seguiremos —dijo Roy—. Quizá no esté aún la noche perdida.

Con los faros apagados avanzó lentamente hasta la esquina y vio a la furgoneta que se alejaba.

Entonces encendió los faros y se dispuso a seguirla.

CAPÍTULO VII

La furgoneta atravesó las desiertas calles de Crown y enfiló hacia la gran cornisa. Roy le seguía a más de quinientos metros, guiándose únicamente por los destellos rojos de los faros traseros.

Apenas entró en el camino de montaña, la furgoneta se desvió por un camino lateral en dirección a la entrada del cementerio.

—¿Adonde irán? —preguntó Sheila.

—Sólo hay un lugar adonde pueden llegar por este camino.

Sheila se estremeció.

—¿Al… cementerio…? ¿Para qué?

—Enseguida lo sabremos.

Apagó los faros del coche y avanzó unos quinientos metros más. Luego se desvió campo a traviesa, deteniéndolo en medio de una arboleda. A lo lejos se divisaban las luces rojas de la furgoneta frente a los elevados muros del cementerio.

Roy descendió del coche.

—Vamos. Seguiremos andando.

Sheila tragó saliva.

—Siempre senti aprehensión por estos lugares.

—Quédate aquí si lo prefieres.

La muchaca negó con un movimiento de cabeza y bajó del coche.

Protegidos por las sombras de la noche, avanzaron sigilosamente hasta refugiarse detrás de unos espesos matorrales situados a pocos metros de los portales del cementerio.

Patrick y Edridge habían descendido de la furgoneta y aguardaban pacientemente. Junto a ellos, en el suelo, estaba el voluminoso saco que momentos antes habían sacado de la mansión.

No habían pasado más de diez minutos cuando las pesadas

puertas de hierro se abrieron dejando paso a un hombre pequeñín y cojo.

El hombrecito saludó a Eldridge y fijó su atención en el saco.

—¿Es la otra que me habíais anunciado?

—Sí —respondió Eldridge—. Ya sabes lo que tienes que hacer con ella.

El pequeñín asintió y cogiendo el saco por el cordel, lo arrastró hacia el interior del cementerio.

Eldridge y Patrick montaron nuevamente en la furgoneta y se alejaron rápidamente en dirección al pueblo.

—Todo esto es muy misterioso —dijo Roy——. Aunque creo suponer el contenido de ese saco.

—¿Estarás pensando lo mismo que yo?

—Un cadáver. ¿No es eso?

Sheila asintió y su cuerpo se estremeció al hacerlo.

—Tenemos que seguir hasta el final —sugirió Dealey—. Es preciso que lo averigüemos todo.

—¿Qué piensas hacer?

—Entrar al cementerio. Quiero saber qué hay dentro de ese saco.

Sheiia miró los altos muros del cementerio e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No creo que pueda escalarlo.

—Es mejor que tú regreses al coche. No tardaré más de media hora.

Mientras Sheiia se alejaba temblando de miedo, Dealey corrió hasta el muro y lo escaló con agilidad felina. Luego se desprendió desde lo alto, cayendo sobre la tierra húmeda del cementerio.

Avanzó a tientas sobre las tumbas hasta que descubrió la tenue luz de un farol, y la silueta del hombrecillo que trabajaba con una pala sobre la tierra.

Caminando sigilosamente, se refugió detrás de un árbol y contempló la escena.

Después de cavar durante un buen rato, la pala chocó contra una superficie dura. Entonces, el hombre separó la tierra con cuidado hasta descubrir la tapa de una urna.

Arrojando la pala hacia uno de los lados, el hombre salió del pozo y abrió el saco que yacía en el suelo. Luego extrajo su macabro contenido.

El cuerpo pálido y desangrado de Helen quedó tendido sobre la tierra. Tenía los ojos muy abiertos en una expresión de terror.

Desde su situación, Dealey distinguió una forma humana y luego vio los cabellos rubios y hermosos que contrastaban con la negrura de la tierra.

Entonces supo que era Helen.

El cadáver de Helen.

El rostro de Dealey se contrajo en una mueca de espanto y tuvo que contenerse para no gritar. Sin embargo se mantuvo estático detrás del grueso tronco, con los ojos clavados en el cadáver.

Con la mayor naturalidad, el sepulturero bajó el cuerpo hasta el fondo de la sepultura y lo acomodó dentro de la urna. Luego regresó a la superficie y comenzó a cubrir nuevamente el foso de tierra.

Cuando el pozo estuvo cubierto de tierra, el sepulturero se echó la pala al hombro y se alejó tarareando una alegre canción.

Dealey lo siguió con la mirada hasta verlo desaparecer en la oscuridad de la noche. Su voz se fue haciendo cada vez más lejana y poco después se hizo un silencio absoluto.

Roy salió de su escondite y se acercó a la tumba donde había sido depositado el cuerpo de Helen.

Sobre una lápida de mármol se leía: RITA MCCOY 18971943.

A la primera hora de la mañana. Roy Dealey entró en el despacho del *sheriff*. Tenía el rostro demacrado por una noche de insomnio y pesadillas.

Murray le recibió con el ceño fruncido y una expresión de desconfianza en el rostro. Estaba sentado detrás del escritorio y fumaba de una pipa que colgaba de sus labios llenando la habitación de un humo amarillento y perfumado.

—¿Qué le trae por aquí, señor Dealey? —dijo extendiéndole la mano.

Roy se la estrechó y se sentó en una silla frente al escritorio.

—Vengo a elevar una denuncia por asesinato.

—¿Está hablando en serio. Dealey?

—No acostumbro a hacer bromas en estos asuntos.

Murray abrió un cajón del escritorio y extrajo un bloc de notas y una estilográfica.

—Lo escucho. Quiero que me dé todos los detalles del crimen.

—Desconozco los móviles y la forma en que fue realizado, pero sé que el profesor Hassel y sus ayudantes asesinaron a Helen Curtis y seguramente a varias personas más entre las que pueden estar Vanessa Hale y mi amigo Edgard Garton.

—¿El profesor Hassel, un asesino? ¡Eso es imposible!

—Si no estuviese seguro de lo que digo, no estaría aqui.

El *sheriff* se quitó la pipa de la boca y miró fijamente a los ojos del hombre. Su expresión era severa.

—Es una acusación muy grave, Dealey. Espero que me traiga pruebas contundentes. De lo contrario…

—Sé donde está el cuerpo de una de sus victimas.

—¿Dónde?

—En el cementerio de Crown.

Murray abrió la boca, sorprendido. Luego dijo:

—No dudo que en el cementerio encontraremos muchos cadáveres, pero…

—También encontrarán el de Helen Curtis y quizá el de algunos otros asesinados también por el profesor Hassel.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo he visto personalmente.

—¿Cuando?

—Anoche. Estaba vigilando la mansión de Hassel cuando vi que sus ayudantes cargaban un bulto en una furgoneta y lo llevaban al cementerio. Allí se lo entregaron al sepulturero y se fueron. Yo entré al cementerio y vi cómo el sepulturero sacaba el cuerpo sin vida de la muchacha y lo enterraba en una tumba.

—¿Sabría identificar la sepultura?

—Sí. Es la de Rita McCoy.

Murray garabateó unos apuntes en su libreta y dijo:

—Hablaré hoy mismo con el sepulturero. Si confirma su versión desenterraremos el cadáver e iniciaremos una investigación para descubrir al asesino.

—No me cabe duda que es el profesor Hassel. Pero no creo que el enterrador hable por las buenas. Debe tener algún arreglo con Hassel.

—En ese caso tendré que conseguir una autorización para excavar en la tumba de Rita McCoy.

—Se perdería mucho tiempo.

—Es todo lo que puedo hacer. No puedo profanar una tumba sin la correspondiente autorización.

—¿No piensa tomar ninguna medida contra Hassel?

—Por el momento Hassel no es sospechoso de nada. Ya le he dicho que en primer lugar quiero confirmar sus palabras y luego, si aparece el cadáver de esa muchacha, abriré una investigación.

Roy hizo un gesto de impotencia y se puso de pie.

—En ese caso tendré que continuar investigando por mi cuenta.

—Le recomiendo que no lo haga —dijo Murray en tono de advertencia.

—¿Es una amenaza?

—No. Pero no quiero que me entorpezca mi trabajo.

—Usted es demasiado cauteloso, *sheriff*. Desconozco el motivo pero me da la impresión de que no le interesa profundizar en este asunto.

El rostro de Murray se congestionó de rabia.

—¡Expliqúese, Dealey! ¿Me está acusando de ineptitud?

—Yo no dije eso. No creo que sea ineptitud, sino miedo. Aquí, en este pueblo, todos parecen tener miedo al profesor Hassel.

Murray quiso protestar pero Dealey ya había abierto la puerta del despacho tras despedirse con una inclinación de la cabeza, salió al pasillo cerrando la puerta tras de sí.

CAPÍTULO VIII

El profesor Hassel colgó el teléfono con rabia y se volvió hacia su ayudante.

—Te han seguido anoche hasta el cementerio. Deberías tener más cuidado si no quieres estropearlo todo.

Eldridge abrió la boca sorprendido y balbuceó:

—No puede ser., no vi a nadie. ¿Está seguro, profesor?

Hassel señaló el teléfono.

—Acaba de llamarme el enterrador. El *sheriff* fue a verle este mediodía y le dijo que recibió una denuncia.

—¿Quién puede haber sido?

—Dealey, sin duda. Está buscando a su amigo y a las dos chicas. Seguramente ha estado espiando la casa y os siguió cuando salisteis con la furgoneta.

—¿Qué ha dicho el sepulturero?

—Se ha asustado un poco pero lo negó todo. Me tiene más miedo a mí que a la cárcel. Por eso no hay problema. El *sheriff* Murray tampoco hará gran cosa pues está convencido que soy un ciudadano honorable y un investigador de prestigio que honro al pueblo con mi presencia.

—Pero de todas formas tendrá que investigar la denuncia.

—Se limitará a excavar la tumba de Rita McCoy. Y cuando lo haga no hallará más que una urna llena de cenizas.

EIdridge suspiró aliviado.

—Entonces no tenemos por qué preocuparnos.

—Te equivocas. Ese hombre, Dealey, seguirá incordiando y metiendo las narices donde no debe.

EIdridge sonrió. Comprendía perfectamente lo que quería decir su jefe y podía leer en el maléfico brillo de sus ojos cuáles eran sus

intenciones.

—No se preocupe, profesor. Patrick y yo nos encargaremos de que no vuelva a molestar a nadie.

—Muy bien, EIdridge. Hoy mismo quiero que dejéis zanjado ese asunto. No quiero que ese entrometido nos haga perder más tiempo.

—Esta noche le haremos una visita. Pero… ¿sabe dónde podremos encontrarle?

Hassel negó con un movimiento de cabeza y dijo:

—Tendréis que buscarle por todo el pueblo, aunque es probable que lo encontréis en casa de una enfermera del hospital. El doctor Cockburn me comentó casualmente que Dealey sale frecuentemente con una de sus empleadas.

Los ojos de EIdridge brillaron con malicia.

—¡Estupendo! De esta forma podremos matar dos pájaros de un tiro.

—¿Qué quieres decir?

—Muy sencillo, profesor. Que necesitamos la sangre de una muchacha para completar el tratamiento. Quizá ésta reúna las características.

Hassel meditó un instante.

—No lo había pensado. Siempre prefiero elegir muchachas ajenas al pueblo, turistas. Crean menos complicaciones. Pero en este caso…

—Si la chica está enterada de las sospechas de Dealey tiene que morir —dijo EIdridge—. Y en ese caso ¿para qué desperdiciar su sangre?

—Tienes razón. Una vez que hayas liquidado a Dealey me traeréis a esa chica.

* * *

Cuando salió de la central telefónica, Dealey se sentía deprimido y una sensación de impotencia se había apoderado de su espíritu.

John Evans, el director del periódico, le había confirmado que Edgard Garton no se había presentado a trabajar desde hacía tres días y que nadie le había visto en San Francisco.

Cada día que pasaba estaba más convencido de la muerte de su amigo pero no podía hacer nada para detener a sus asesinos.

El *sheriff* Murray le había contado su entrevista con el sepulturero y la negativa de éste a admitir la versión que él había expuesto. Pese a que el *sheriff* pensaba conseguir una autorización para abrir el sepulcro de Rita McCoy, sabía de antemano que para ese entonces el cuerpo de Helen habría sido cambiado de lugar.

Mientras caminaba lentamente por la calle, haciendo tiempo para que llegase la hora de recoger a Sheila, Roy intentaba encontrar una respuesta lógica a todos estos crímenes.

¿Qué motivos podía tener el profesor Hassel para cometer tantos asesinatos?

¿Qué significaba la presencia de aquellos ancianos decrépitos en su casa y por qué los tenía encerrados en la urbanización?

Tenía que haber una explicación que permitiese aclarar aquel enigma. Algo que Roy presentía terrible y diabólico.

Estaba anocheciendo cuando Roy llegó frente al hospital. Se detuvo en una esquina y encendió un cigarrillo.

No habían pasado más de diez minutos cuando vio a Sheila que bajaba las escalinatas del edificio y le buscaba con la mirada. Él le hizo señas con una mano y la chica se acercó corriendo.

—Hola, Roy. ¿Alguna novedad?

—Ya te las explicaré cuando lleguemos a la casa. No son muy alentadoras.

Cogidos de la mano, ambos se dirigieron hacia el garaje del hospital y subieron al coche.

Al salir nuevamente a la calle, no vieron una furgoneta azul que surgía en medio del tráfico y se situaba a sus espaldas.

Durante el trayecto, Roy le contó su llamada telefónica a San Francisco y la entrevista con el *sheriff*. Sheila había escuchado en silencio. Luego preguntó:

—¿Crees que el *sheriff* nos ayudará?

Roy negó con la cabeza.

—No me parece que obre de mala fe, pero no cree en mi palabra. Además creo que tiene demasiado respeto por el profesor Hassel como para iniciar una investigación.

Enfrascados en la conversación, no prestaron la menor atención a la furgoneta que se mantenía siempre a unos cien metros de distancia.

Cuando llegaron a la casa ya era noche plena. El cielo estaba

cubierto de espesos nubarrones y la oscuridad era casi absoluta.

Sheila encendió las luces y ambos se acomodaron en los sofás del *living*.

—Tenemos que idear alguna láctica para introducirnos en la mansión y descubrir la verdad —dijo Roy—. Creo que esos viejos que vimos el otro día tienen algo que ver con todo este misterio. La muchacha meditó un instante. —¿Te parece? No me imagino qué relación puede haber entre unos ancianos octogenarios y la muerte de las muchachas.

—Yo de momento tampoco pero tengo ese presentimiento… Y generalmente no me equivoco.

Sheila se puso de pie y sirvió dos vasos de *whisky*. Les agregó dos cubitos de hielo y se sentó muy cerca de él.

Roy contempló en silencio el hermoso rostro de la muchacha. Sus ojos grandes y azules, los labios carnosos y sensuales. Y por primera vez se dio cuerna de que se estaba enamorando de ella.

Durante unos segundos no se dijeron nada. Simplemente se miraron a los ojos y sus rostros se fueron aproximando lentamente.

Sheila entreabrió los labios y él pudo sentir su aliento muy cerca de su boca. Sin poder contenerse, se inclinó hacia delante y la besó apasionadamente.

En ese instante escuchó un ruido.

Un ruido seco, luego el crujido de una rama.

Se separó bruscamente y se volvió hacia la ventana.

Nada.

No se veía más cinco las siluetas oscuras e indefinidas de los árboles.

Otro crujido.

—Aquí hay alguien. Apaga las luces.

Sheila palideció.

—¿Estás seguro? Pudo ser el viento.

Lo dijo sin convencimiento y con la voz temblorosa por el miedo.

—El viento no hace ese ruido.

La muchacha se puso de pie y apagó la luz. Luego corrió hacia Roy y se abrazó a él.

—Tengo miedo.

Dealey la arrastró hacia una de las habitaciones.

—Quédate aquí. Yo aguardaré detrás de la puerta.

—Ten mucho cuidado.

Roy asintió y regresó al *living*.

Cogió un pequeño pie de lámpara de hierro y avanzó a tientas en medio de la penumbra situándose detrás de la puerta principal.

El silencio era total, absoluto.

Los minutos transcurrían con extremada lentitud y un sudor frío recorría su cuerpo.

De pronto, volvió a escuchar un leve crujido.

Esta vez en el frente de la casa.

Parecía como si alguien estuviese rondando en busca de un lugar para entrar, al acecho de la primera oportunidad que se le presentase.

Transcurrieron nuevamente unos minutos en absoluto silencio. Quizá sólo fueran algunos segundos pero que a él le parecían eternos, interminables.-

Entonces escuchó el estrépito del cristal de una ventana al romperse y el grito de Sheila.

Un grito desgarrador que le heló la sangre.

Corrió desesperadamente hacia el dormitorio tropezándose en el camino con sillas y mesas.

—¡Huye. Roy! ¡Huy…! —la exclamación de Sheila se interrumpió bruscamente y estuchó el ruido seco de un cuerpo al chocar contra el suelo.

En ese momento la puerta se abrió.

En medio de la oscuridad. Dealey vio la silueta de un hombre en el umbral de la habitación. Llevaba algo en la mano. Algo que parecía ser un revólver.

Dealey ni siquiera se percató de ello. Avanzó hacia él con el hierro en la mano.

Entonces escuchó el estampido y alcanzó a ver el fogonazo.

No pudo ver ni oír nada más.

Sólo sintió un dolor agudo como si le hubiesen rozado en la sien con un hierro incandescente.

La sangre espesa, caliente, comenzó a cubrir su rostro.

Todo comenzó a girar ante sus ojos y la vista se le nubló.

Dio un nuevo paso, vacilante, y cayó hacia delante sumiéndose en las oscuras profundidades de la inconsciencia.

CAPÍTULO IX

Frío.

Un frío tremendo que le calaba los huesos.

Esa fue la primera sensación que sintió Roy Dealey en medio de la nebulosa de la inconsciencia.

Y después del frío, dolor.

Un dolor agudo que le desgarraba la frente y continuaba hasta la sien.

Quiso abrir los ojos pero los párpados le pesaban, se resisitían a obedecer.

Tenía los músculos entumecidos y se encontraba arrollado en una posición incómoda, casi inverosímil.

No sabía dónde se encontraba ni por qué se encontraba allí.

De pronto recordó en medio de un delirio.

Roy Dealey deliraba.

Veía una figuras en el cementerio llevando un pesado bulto.

Cuando abrían el saco junto a una tumba aparecía un cuerpo sin vida igual al de Helen.

Desangrado y horriblemente mutilado.

Pero no era Helen.

No.

Era Sheiia. Era el rostro de Sheiia con el cuerpo de Helen.

Veía los enormes ojos azules de Sheiia que le miraban suplicantes, acusadores.

«¿Por qué me dejastes? —parecía decir el cadáver—. No debiste permitirlo».

Roy movió los labios en medio de Sa pesadilla.

—Sheiia… Sheila…

Entonces recordó el grito de Sheila.

Le parecía estar escuchándolo. Tan agudo, tan desgarrador como una puñalada que le perforaba los tímpanos.

Los sueños, la realidad, las pesadillas se mezclaron en su cerebro que se esforzaba por recobrar la lucidez.

El frío era cada vez más intenso.

De pronto sintió que un líquido helado le mojaba los pies, las piernas, empapándole la ropa.

Eso le ayudó a despejarse.

Y abrió los ojos.

En un principio todo era negrura, oscuridad, tinieblas.

Poco a poco esa densa nebulosa se fue despejando y ante sus ojos apareció el tablero de un coche.

Roy lo reconoció.

Era su propio coche.

Ladeó la cabeza hacia un costado y vio agua. Muchísima agua que se filtraba por los bordes de las portezuelas.

Creyó estar sonando. Pensó que era una nueva peladilla que se había apoderado de su mente.

Pero el agua estaba allí, mojándole las ropas, haciéndole tiritar de frio.

Quiso incorporarse pero sintió un dolor como si le estuviesen atravesando la cabeza de una puñalada.

El agua seguia penetrando más y más, cubriendo hasta la mitad del asiento delantero.

Hizo un nuevo esfuerzo y esta vez logró incorporarle hasta quedar sentado junio al volante.

A través dei parabrisas vio las oscuras profundidades del océano y entonces se dio cuenta de lo que sucedía.

Le habían arrojado al agua dentro de su coche.

Debía de estar a unos veinte o veinticinco metros de la superficie y el agua seguía entrando a raudales.

Quiso abrir la puerta pero la presión del agua se lo impedía.

Las manecillas de los cristales estaban endurecidas pero Roy se aferró a ellas con todas sus fuerzas.

Finalmente una manecilla cedió y la ventanilla se abrió bruscamente dejando paso a un borbotón de agua que llenó la pequeña cabina del coche.

Aguantando la respiración, Dealey pasó a través del hueco de la

ventanilla y comenzó a nadar hacia la superficie.

El agua le había reanimado por completo devolviéndole toda su lucidez.

Cuando llegó arriba le parecía que los pulmones le hiban a estallar.

Ya desfalleciente, asomó la cabeza a la superficie y sus pulmones se llenaron de aire.

A lo lejos divisó la impresionante silueta de los acantilados y nadó lentamente hacia la costa.

* * *

Aquella noche en la urbanización Las Delicias reinaba el más absoluto silencio.

Nadie, ni siquiera el más fantasioso de los hombres podía imaginarse que en medio de aquella tranquilidad aparente estaban sucediendo ciertos hechos capaces de erizar la piel al más valiente.

Era cerca de medianoche cuando un grupo de hom bres se reunió junto a la entrada de la mansión del profesor Hassel.

Habían salido momentos antes de sus respectivos *bungalows* y habían avanzado sigilosamente, protegidos por la oscuridad de la noche, como si temiesen que sus figuras fuesen descubiertas a la luz del día.

Todos tenían o aparentaban tener una misma edad. Eran hombres maduros pero de aspecto saludable y at-lético. Cualquiera les daría entre cuarenta y cuarenta y cinco años. En realidad, no había uno solo que tuviese menos de setenta.

La puerta de la mansión se abrió y el profesor Has-sel en persona les hizo entrar, conduciéndolos por un pasillo hasta una amplia habitación en la que sólo habían algunas camillas y estanterías con medicamentos y material médico.

Los catorce hombres se sentaron de dos en dos sobre las camillas y se remangaron las blusas.

—En seguida vendrá mi ayudante y recibirán la dosis de hoy —dijo Hassel—. Pero… ¿cómo os encontráis?

—¡Estupendamente! —exclamó uno de ellos—. Esperamos que esta vez los efectos sean más prolongados.

—Lo serán, Slaton. Delo por seguro.

Slaton, el mismo hombre que tres días atrás necesitaba de un bastón para mantenerse en pie, el mismo hombre que tenía la piel arrugada y los ojos inyectados en sangre, el mismo hombre que cuando llegó a la urbanización parecía con un pie en la tumba, sonreía ahora lleno de salud y jovialidad. Su piel, sus ojos, sus facciones, su físico, eran los de un hombre joven, los de un hombre en la plenitud de la vida.

Hassel se sentía orgulloso de su triunfo.

Le bastaba observar a los catorce jóvenes que hasta ayer eran viejos decrépitos, le bastaba mirarse él mismo al espejo para corroborar una vez más que no se había equivocado.

Mientras aguardaban la llegada de Eldridge con las catorce raciones del preparado, Hassel comentó:

—Acabo de conseguir un nuevo suministro de materia prima para el tónico. Os puedo garantizar que esta vez podréis tener el tratamiento completo con lo que el éxito está asegurado.

Los hombres sonrieron satisfechos.

Uno de ellos preguntó:

—¿De dónde saca la materia prima. Hassel? Supongo que debe ser muy difícil de conseguir.

—Más que difícil, yo diría arriesgado.

Slaton enarcó una ceja:

——¿Arriesgado? ¿Qué puede tener de arriesgado?

—No puedo deciros más. Ya sabéis que mi fórmula es un secreto… Y quiera Dios que nunca se descubra.

—¿Por qué? Si la fórmula se unlversalizase ya nadie tendría que temer a la vejez.

Hassel meneó la cabeza.

—Se equivoca, Slaton. Si mi fórmula llega a descubrirse nunca más podria recibir mi tratamiento. Su envejecimiento sería entonces fulminante. Usted ya sabe que el tratamiento debe realizarse completo para que este fenómeno no se produzca.

—La verdad que no le entiendo, profesor. Siempre pensé que cuando la fórmula se hiciese pública todos la utilizarían.

—Porque usted no conoce el contenido de la fórmula. Si algún día lo llegase a conocer no pensaría lo mismo.

Slaton se encogió de hombros y ya no volvió a hacer preguntas.

Por las palabras de Hassel suponía que la fórmula debía de tener

algún elemento prohibido y sería parte de algún proyecto diabólico que sólo Hassel podría llevar adelante por ser su único descubridor.

Minutos después apareció Eldridge con los pequeños frasquitos conteniendo aquel liquido verdoso y espeso. Llenó las catorce jeringas y se dispuso a inyectar a los pacientes.

CAPÍTULO X

Una vez que los catorce pacientes se retiraron de la mansión de regreso a los *bungalows* el protesor Hassel preguntó:

—¿Tienes el resultado de los análisis?

—Sí —respondió Eldridge—. Su sangre reúne todas las condiciones pero le faltaba un poco de calcio. Le di un par de inyecciones y espero que mañana este en condiciones óptimas para la extracción.

Hassel aprobó con un movimiento de cabeza.

—Estás aprendiendo mucho, Eldridge. Sin duda llegarás a ser mi sucesor.

El ayudante sonrió halagado.

—Gracias, profesor. ¿Alguna disposición especial con respecto a ella? Eldridge asintió.

—Entonces es mejor dejarla dormir para que cuando llegue el momento esté en buenas condiciones físicas.

—¿Quiere que me quede a vigilarla? —No hace falta. Ya le diré a Patrick que lo haga. Cuando su ayudante se retiró, el profesor Hassel se encaminó hacia la habitación del fondo. Levanto la trampilla y bajó las escaleras en dirección al laboratorio.

Patrick le salió al encuentro con la boca abierta y la saliva colgando como un hilo de sus labios.

Hassel le dio un puñado de golosinas y se dirigió hacia una de las habitaciones que daban al laboratorio.

Era un cuarto de reducidas dimensiones que tenía una cama como único mobiliario.

En medio de la penumbra, Hassel distinguió el hermoso cuerpo de Sheila que yacía desnuda sobre la cama, sumida en un sueño profundo a causa de los sedantes.

Después de hacer un gesto de aprobación, como quien se muestra de acuerdo con la calidad de una mercadería, Hassel volvió hacia el gigantón que chupaba golosamente los caramelos.

—Tú te encargarás de cuidarla, Patrick. Si despierta no la dejarás escapar ¿entendido? Pero tampoco quiero que le hagas mucho daño.

Patrick asintió con uno de sus acostumbrados graznidos.

Roy Dealey alcanzó la cumbre del acantilado y se dejó caer a un lado de la carretera.

Estaba agotado por el esfuerzo. Había nadado cerca de un kilómetro y había tenido que escalar el acantilado en medio de la oscuridad de la noche.

Tenía las ropas empapadas y sentía que el frío le calaba los huesos.

Sin embargo la herida ya no le dolía tanto. La bala sólo le había rozado la frente, produciéndole una quemadura superficial.

Ahora, lo único que le preocupaba era Sheila. Tenía que llegar a la mansión antes de que fuese demasiado tarde.

¿Pero cómo hacerlo?

Estaba a más de diez kilómetros de Crown y a aquella hora las posibilidades de que pasara un coche eran muy remotas.

Su reloj de pulsera había dejado de funcionar pero él calculaba que no debería ser mucho más de la medianoche.

Se puso de pie trabajosamente y comenzó a caminar en dirección al pueblo. Si lograba mantener un buen ritmo de marcha esperaba llegar en menos de dos horas. Pero sentía los músculos entumecidos por el frío y el agotamiento.

Había caminado algo más de dos kilómetros cuando divisó a lo lejos las luces de un coche.

Con el corazón latiéndole aceleradamente se situó en medio de la calzada y aguardó que el vehículo estuviese más cerca.

Era una actitud temeraria pues el coche venía a gran velocidad y si no le veía a tiempo le arrollaría sin remedio.

El vehículo tomó la útlima curva.

Roy oyó el chirriar de los neumáticos y vio el destello de los faros que lo deslumhraron.

Entonces levantó ambas manos y las aguó en el aire.

Estaba a unos veinte metros cuando el conductor clavó los

frenos.

Los neumáticos se deslizaron por el asfalto sacando chispas por la brusquedad de la maniobra y se detuvieron a escasos centímetros de Dealey.

El conductor bajó del coche con el rostro congestionado por la sorpresa y la indignación.

—¡Usted debe estar loco! —exclamó—. Pude haberle matado.

—Ya lo sé pero tenía que detenerle de alguna manera. He sufrido un accidente y tengo que llegar a Crowncuanto antes.

El hombre le miró de arriba abajo. Vio la herida que tenía en la cabeza y sus ropas empapadas y comprendió que no le engañaban.

—Está bien —dijo—. Suba, que le llevaré.

Roy se acomodó en el asiento del acompañante y el coche partió velozmente en dirección a Crown.

Sheila estaba tendida sobre la cama como si estuviera en trance, semiinconsciente. Sus párpados se abrían y cerraban, pero sus ojos tenían una inmovilidad absoluta.

La oscuridad la envolvía completamente e incluso llegó a preguntarse si se habría quedado ciega.

Pero lo peor de todo era el silencio.

Un silencio total y absoluto que le permitía oír hasta los propios latidos de su corazón.

Era como si estuviese muerta y la hubiesen metido dentro de una tumba.

En realidad, el lugar parecía una tumba, húmeda, tenebrosa y envuelta en un opresivo silencio.

Se imaginaba una multitud de insectos rodeándola por todas partes, esperando que de un momento a otro empezaran a subir por su cuerpo.

No podía moverse. Su cuerpo estaba tan rígido como una tabla y sus músculos entumecidos.

Sólo sus oídos estaban alerta para captar cualquier sonido.

Se hubiera sentido satisfecha con oír el simple ruido producido por la carrera de una rata.

Sin embargo no se oía nada, ni, se veía nada.

Era como estar muerta.

Hubiera querido gritar pero parecía como si los músculos de su cuello se hubieran atrofiado o los hubieran extirpado de raíz.

No recordaba haber estado nunca en una oscuridad tan absoluta, hasta el punto de preguntarse si habría caído en un pozo que no podría salir jamás.

El frío de las sábanas la hizo estremecerse. Sólo así pudo darse cuenta de que estaba viva.

Su mente trabajaba aceleradamente. Sabía que aquella sensación de inmovilidad era producida por el usode algún sedante. No en balde había trabajado cinco años como enfermera.

Durante los primeros momentos estuvo segura de si era alivio o no lo que experimentaba al saberse viva. Por lo menos notaba que la sangre circulaba por sus venas y que su cuerpo seguía funcionando.

Pero, gradualmente, y mientras volvía a ella la conciencia de su situación, empezó a ser dominada por el terror.

No era el temor de un condenado a muerte que sabe que no puede escapar de su destino, sino el de quienno teme tanto a la muerte, que considera también segura, como a la forma en que ésta pueda presentarse y que le es desconocida.

¿La torturarían? ¿O vendría la muerte suavemente, sin hacerse notar?

Había perdido la noción del tiempo, pero dedujo que habría pasado más de una hora desde que se dio cuenta de su situación exacta. Poco a poco los efectos de la droga iban cediendo y se apoderó de ella un deseo, una necesidad de salir de aquel lugar.

Empezó a mover los brazos que le parecían bloques de madera.

El mero hecho de levantar la mano le costó un esfuerzo inaudito; pero lentamente la insensabilidaddesapareció.

Sin hacer ruido, se friccionó los miembros y se dejó caer suavemente de la cama al suelo, apoyándose con los brazos.

Sus ojos trataban de penetrar las tinieblas que la envolvían. Pero era el silencio lo que más la exasperaba.

Era como estar en una prisión fantasmagórica, habitada solamente por los espectros de los convictos que habían muerto en ella.

En su imaginación enfebrecida le parecía oír los gemidos de los desgraciados, así como el ruido de las pesadas botas de los carceleros sobre las losas de los pasillos.

Era como si oyera el ruido de llaves, el rechinar de las

herrumbrosas cerraduras y el chirriar de las pesadas puertas.

Le parecía estar rodeada de fantasmas.

Entonces se puso de pie, pero sus piernas flaquearon y volvió a caer al suelo.

Sin embargo tenía que salir de allí, encontrar alguna puerta de escape.

Tanteó hasta dar con la pared y se arrastró a lo largo de la misma.

Para hacerlo tuvo que emplear lo que le pareció una eternidad de tiempo, pues le era penosísimo avanzar.

Se preguntó si el miedo la habría paralizado.

Recordaba clínicamente algunos casos donde esto había sucedido.

Trató nuevamente de levantarse. Esta vez tuvo más éxito.

Apoyándose en la pared le fue más fácil conservar el equilibrio. Movió las piernas flexionando las rodillas con el fin de devolver a las mismas la circulación.

Al cabo de unos momentos, se vio con fuerzas para prescindir del apoyo que le proporcionaba la pared.

Avanzó lentamente en medio de las tinieblas, con una mano extendida, esperando de un momento a otro toparse con alguna puerta.

De pronto escuchó el chirrido de unos goznes y una puerta se abrió a sus espaldas.

Vio un haz de luz y se volvió en el mismo momento en que la puerta volvía a cerrarse.

Sin embargo, había tenido tiempo suficiente de ver una silueta enorme y desgarbada que se introducía en la oscura habitación.

_ Ahora la oscuridad era de nuevo absoluta pero podía oír un extraño jadeo parecido al de un perro.

Sintió que la sangre se le helaba en las venas y abrió la boca para gritar pero no logró emitir el menor sonido.

Algún ser monstruoso, alguien que veía en la oscuridad como los felinos, estaba allí esperando el momento de saltar sobre ella.

Intentó retroceder pero apenas hubo dado dos o tres pasos cuando sintió que dos manos heladas se enroscaban en torno a su cuello.

Sintió cómo era lanzada contra la pared, bajo la presión de un

pesado cuerpo, al tiempo que aquellas garras recorrían su cuerpo como si buscaran el mejor sitio para hundirse en él.

Su atacante producía extraños sonidos, que variaban desde la respiración entrecortada de un perro hasta los gruñidos de un cerdo hambriento.

Se sentía atrapada contra la pared y, sin embargo, paralizada por el terror, era incapaz de articular ni una sola palabra.

Se sentía como una bala de algodón manoseada brutalmente por un estibador sin escrúpulos, y parecía como si toda ella hubiese quedado paralizada por el pánico.

Aquella forma irreconocible y monstruosa la arrojó sobre la cama y luego se echó encima, gruñendo y jadeando.

Sheila cubrió con sus manos su cuerpo desnudo y por un momento pensó que iba a ser violada y ultrajada por aquella bestia.

Y con todo, en ningún momento pudo lanzar un grito, ni tampoco su atacante pronunció una sola palabra.

Todo lo que podía oír era aquel graznido o aquel estertor parecido al de un perro.

El gigantón estaba encima de ella, inmovilizándola con su cuerpo mientras sus dedos se clavaban como garfios en las nalgas.

De pronto la puerta se abrió y alguien gritó a sus espaldas.

El gigantón se apartó de ella y entonces, sólo entonces. Sheila vio el rostro deforme e idiota de Patrick.

Y lanzó un grito horrible.

El que había entrado era el profesor Hassel quien miraba a Patrick con los ojos centellantes de furia.

El idiota bajó los ojos al suelo como un niño avergonzado que espera recibir su castigo.

—Te ordené que la vigilaras y te prohibí que le hicieras daño. No me gusta que me desobedezcan.

Patrick levantó la cara y lo miró suplicante al tiempo que emitía otro horrible graznido.

—¡Ahora vete! Ya hablaré luego contigo.

Patrick salió arrastrando los pies.

Al verlo alejarse, Sheila suspiró aliviada.

Estaba inmóvil en la cama y su cuerpo temblaba de miedo. No se resistió cuando el profesor Hassel le cogió un brazo y le inyectó un sedante.

La mente se le nubló por la somnolencia y su cabeza cayó hacia un costado. Momentos después estaba sumida en un profundo sueño.

CAPÍTULO XI

Faltaban un par de horas para el amanecer cuando Roy Dealey entró en la urbanización Las Delicias.

Peter, el conserje de la noche, estaba dormitando detrás del mostrador y se despertó al oír el ruido de la puerta.

En un primer momento no le reconoció.

—No hay *bungalows* disponibles —dijo—. Lo siento mucho pero…

La frase quedó en suspenso y los ojos del conserje se abrieron por la sorpresa.

Quiso reaccionar pero ya era demasiado tarde.

Roy le había cogido por el cuello con su brazo derecho y apretaba con todas sus fuerzas.

—¿Dónde tenéis a la chica? —preguntó.

Con el rostro amoratado por la falta de aire, el hombre señaló hacia la mansión.

Sin aflojar ni por un instante la presión de su brazo, Dealey abrió uno de los cajones de la mesa de la conserjería y cogió una pistola. Comprobó que su cargador estaba completo y apuntó a la cabeza del conserje.

—Ahora será mejor que me obedezcas si no quieres que te haga volar la tapa de los sesos.

Peter asintió.

Roy aflojó la presión de su brazo y lo empujó hacia la puerta de la conserjería.

—Me acompañarás hasta la casa de Hassel y llamarás a la puerta con cualquier excusa. Yo me encargaré del resto.

El conserje tragó saliva e hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Luego salió al exterior seguido a unos pasos por Dealey que no

dejaba de apuntarle.

Al llegar frente a la puerta de la mansión, Roy se hizo a un lado y levantó la pistola hacia la cabeza de Peter.

—Toca el timbre y que no se te ocurra intentar nada. Te estaré apuntando.

El conserje presionó el timbre y momentos después se escuchó el ruido de unos pasos que se aproximaban.

La puerta se abrió y en el umbral apareció Eldridge que vestía una túnica blanca.

—¿Qué sucede, Peter? ¿Algún problema con los pacientes?

—Sí —balbuceó el conserje—. Hay uno de ellos que quiere ver al profesor Hassel.

—¿Quién? —preguntó el ayudante del profesor.

La voz de Roy Dealey surgió desde la oscuridad, a las espaldas del conserje:

—Yo.

Eldndge vio una sombra a un par de metros de la puerta y en principio no supo distinguir de qué se trataba.

—No entiendo —dijo algo nervioso—. ¿Quién es usted?

Roy dio unos pasos adelante y la luz que salía desde el interior de la casa iluminó su rostro.

Eldridge palideció. Su boca se abrió por la sorpresa y sus ojos parecían querer escapar de las órbitas.

Era como si estuviese viendo un fantasma.

Un fantasma real ya que él mismo le había disparado a la cabeza y luego lo había arrojado en el coche hacia el fondo del océano.

Eldridge retrocedió a un paso, pero una orden de Roy le detuvo:

—¡Quieto! Si das un paso más eres hombre muerto.

Empujando a Peter hacia el interior de la casa, Roy avanzó hacia ellos con la pistola en la mano.

—¿Dónde está la chica?

El ayudante del profesor Hassel movió la cabeza negativamente.

—No… no lo sé… ella no está aquí.

Roy presionó el cañón de la pistola contra la cabeza del hombre.

—¡Mientes! Sé que está aquí.

Gruesas gotas de sudor corrían por el rostro de Eldridge y sus dientes castañeteaban por el miedo.

Escuchó el chasquido del seguro al librarse y vio por el rabillo

del ojo cómo Dealey comenzaba a presionar suavemente el gatillo de la pistola.

—¡No dispare!

—¿Dónde está Sheila? —insisitió Roy.

Con el pulso tembloroso, Eldridge señaló hacia las habitaciones del fondo.

—En aquel cuarto hay una trampilla que conduce al sótano. Ella está allí.

—¿Quién más hay?

—El profesor Hassel está con ella.

Dealey hizo un gesto con la pistola en dirección al… cuarto que Eldridge le había indicado.

—Vamos. ¡Muévete!

Eldridge obedeció. Seguido por ej conserje y por Roy que caminaba un metro atrás, se acercó a la trampilla y la levantó.

—¿Quién era, Eldridge? —preguntó el profesor Has-sel al oír el ruido de la escalera.

Nadie respondió.

Hassel se volvió hacia la escalera y sólo entonces descubrió al hombre que le apuntaba con la pistola.

Ni siquiera se inmutó.

—¿En qué puedo servirle, joven? —preguntó.

Roy dio un paso adelante y dijo:

—Vengo a buscar a la chica. ¿Dónde la tiene?

Hassel presionó un interruptor y un potente foco iluminó una camilla en la que yacía el cuerpo desnudo de Sheila.

Parecía dormida… o muerta.

Dealey se sobresaltó.

—¡Sheila! —exclamó y corrió hacia la camilla.

Cogió la mano de la chica y le tomó el pulso.

Afortunadamente estaba viva.

Eldridge aprovechó ese momento de distracción para abrir el cajón de uno de los armarios del laboratorio.

Sus dedos tocaron la fría culata de un revólver y se cerraron sobre ella.

Una sonrisa triunfal apareció en su rostro y levantó la mano con el revólver en dirección al joven.

Por el rabillo del ojo. Roy vio el cañón del revólver que le

apuntaba y se agachó instintivamente.

La bala silbó sobre su cabeza y se incrustó contra una de las paredes.

Entonces Dealey disparó.

La blanca bata de Eldridge se tiñó de sangre y un sordo quejido escapó de su garganta.

Luego cayó hacia delante chocando con una de las mesas y arrastrando en su caida varios frascos y tuvosde ensayo.

Un líquido verde y viscoso se mezcló con la sangre de Eldridge extendiéndose sobre el suelo de losa.

Dealey se volvió hacia Hassel que permanecía estático con las facciones del rostro endurecidas por el odio.

—Ha matado a mi ayudante y ha derrado el preparado —dijo Hassel con los ojos clavados en el líquido verdoso que se extendía por el suelo. En sus ojos había un brillo demente.

—¿Qué significa ese preparado? ¿Por qué asesina usted a unas chicas inocentes?

Hassel levantó la vista y lo miró fijamente.

—Su sangre… —dijo con voz fría y metálica—. En ella está la fuente de la eterna juventud Hassel…

Hablaba de forma entrecortada e incoherente ley se dio cuenta de que estaba loco.

—Está delirando. Hassel —dijo Roy más que un asesino.

Hassel lo miró con arrogancia.

—Usted aún no ha visto lo que he visto hombres de ochenta años convenidos en un par de hombres de cuarenta, fuertes y saludables.

Roy no le creyó.

No podia creerle.

—Basta de charlatanería. Ahora que le a dado a Sheila.

—Es sólo un sedante. En unas horas habrá despertado. Pero antes tengo que extraerle la sangre. Necesito más preparado para mis pacientes.

—Creo que no lo entiende. Hassel. Usted no va a tocar siquiera a esa muchacha. Altera soy yo el que da las órdenes.

Los labios del profesor se curvaron en una extraña sonrisa.

Entonces Roy escuchó un jadeo a sus espaldas.

Se volvió rápidamente pero no pudo evitar la mano de Patrick

que había aparecido a sus espaldas, golpeándole con el dorso en el cuello.

Sintió un dolor agudo que le paralizaba pero en seguida se repuso eludiendo el golpe siguiente con un movimiento de cabeza.

Patrick lanzó un horrendo graznido y se abalanzó nuevamente contra él cogiéndolo por el cuello con ambas manos.

Roy sintió los dedos del gigantón que se cerraban sobre su garganta quitándole la respiración. Eran como garfios de acero que apretaban más y más.

Las fuerzas comenzaron a abandonarle y sintió que la vista se le nublaba. Pero aún tenía la pistola en la mano aunque le faltaban fuerzas para utilizarla.

En un último esfuerzo, Roy levantó los brazos y giró la pistola hacia el cuerpo de gigantón.

Lentamente sus dedos se cerraron sobre el gatillo y el estruendo del disparo retumbó contra las paredes del sótano.

Patrick lanzó un profundo y desgarrador gemido pero continuó apretando el cuello de Roy aún con más fuerzas.

Cuando ya estaba a punto de perder el conocimiento, Roy notó que la presión iba cediendo poco a poco. Momentos después, los dedos del gigantón se abrieron y cayó hacia un costado emitiendo otro sordo gemido. La sangre salía a borbotones de su espalda mezclándose con la de Eldridge y con el líquido viscoso y verde.

Dealey se friccionó el cuello con una mano y poco a poco fue recobrando la respiración.

Cuando estuvo más repuesto se dio cuenta de que el profesor Hassel había desaparecido al igual que Peter. Ambos habían aprovechado el ataque de Patrick para escapar.

Se volvió desesperado hacia la camilla y suspiró aliviado porque Sheila aún permanecía en ella.

Tenía que sacarla de allí cuanto antes y luego se ocuparía de que Hassel fuese detenido.

Envolvió el desnudo cuerpo de Sheila con una sábana y, cogiéndola en brazos se encaminó hacia la escalera.

Comenzó a subir lentamente y a mitad del recorrido percibió un extraño olor a quemado.

Siguió subiendo más aprisa y vio que una densa humareda comenzaba a descender hacia el laboratorio.

Al asomar la cabeza por el hueco de la trampilla vio la silueta del profesor Hassel que con una antorcha en la mano iba quemando todo el mobiliario y el cortinaje de la casa.

Su risa resonaba en medio de la humareda como algo espeluznante, y sus ojos tenían un brillo demente.

El fuego se extendía rápidamente desde el mobiliario y las cortinas a las paredes y techos cruzados por gruesas vigas de madera.

Apretando a Sheila contra su cuerpo, Roy corrió hacia la salida esquivando las llamas que se agitaban desde las paredes.

Una enorme viga se derrumbó delante suyo y las llamas llegaron a quemar levemente las piernas.

Roy corrió entre un círculo de fuego y llegó hasta el vestíbulo.

En ese momento se cruzó con Hassel.

Fue una visión fugar pero terrorífica.

Era el mismo hombre que había visto momentos antes pero su edad se había duplicado repentinamente. Tenía el rostro arrugado y los ojos inyectados en sangre. Su cabellera antes rubia y resplandeciente ya no existía y todo su cuerpo parecía haberse reducido y encorvado.

Dealey no tuvo tiempo de detenerse a observarlo. Con Sheila en sus brazos logró alcanzar la puerta de la casa y salir al exterior.

A sus espaldas seguía sonando la risa de Hassel, ahora vieja y cascada pero igualmente espeluznante.

Momentos después grandes llamaradas comenzaron a salir por las ventanas como verdaderas lenguas de fuego y la vieja mansión se derrumbó en medio de gran estrépito.

EPÍLOGO

Cuando el *sheriff* Murray y los bomberos de Crown llegaron al lugar del siniestro, sólo encontraron los restos calcinados de Hassel y del conserje entre los escombros aún humeantes.

En los *bungalows*, de la urbanización Las Delicias catorce individuos contemplaron horrorizados cómo la mansión del profesor Hassel sucumbía bajo las llamas.

Al ser interrogados por el *sheriff* los catorce coincidieron en declarar que eran simples turistas que estaban pasando en Crown sus vacaciones de verano.

De los catorce ancianos que Roy y Sheila habían visto por la ventana de la mansión no se halló ni rastro. Dealey no se extrañó por ello. Entre los catorce huéspedes de la urbanización había reconocido las facciones de muchos de los viejos.

Sin embargo no hizo la menor declaración al respecto. Era algo que le horrorizaba y que su mente se negaba a aceptar. Sabía que cuando los efectos del diabólico tratamiento desapareciesen, los catorce hombres se convertirían repentinamente en lo que eran catorce ancianos arrugados y decrépitos.

Después de prestar declaración ante el *sheriff*, Roy se dirigió a la casa de Sheila.

La muchacha le vio llegar y corrió a su encuentro estrechándose entre sus brazos.

—¿Cómo te encuentras ahora, Sheila?

—Mucho mejor. Los efectos de la droga han desaparecido.

Roy sonrió y rodeándola con sus brazos la condujo hacia el interior de la vivienda.

—El *sheriff* abrió una investigación —dijo Roy—. El sepulturero confesó haber enterrado a ocho muchachas en distintas urnas por orden de Hassel. Al parecer éste le tenía amenazado y el enterrador no tenía más remedio que obedecerle

—¿Y tu amigo, Edgard?

—Supongo que habrá hecho lo mismo que quiso hacer conmigo. Arrojarlo en el coche al fondo del océano.

—Ahora los vecinos de Crown ya no tendrán nacía que temer. ¿Me pregunto qué motivos tendría Hassel para cometer tantos crímenes?

Dealey se encogió de hombros y dijo:

—Seguramente seria un maníaco homicida.

era el único que sabía la verdad sobre estos asesinatos pero prefería no difundirla y olvidarla él también para siempre. El diabólico tratamiento de Hassel no debería salir nunca a la luz pública.

Sheila recostó su cabeza contra el pecho de Roy y preguntó:

—Ahora que lo sabes todo, que todo ha terminado, me siento un poco más triste.

Roy enarcó una ceja:

—¿Por qué?

—Tú vives en San Francisco y yo aquí. Supongo que regresarás a tu trabajo y yo al mío.

Roy acarició el suave rostro de la muchacha y dijo:

—Regresaré a San Francisco… pero tú vendrás conmigo.

—¿Lo dices en serio?

—¡Claro que sí! Eso sí, antes de salir tendremos que visitar al juez. Sheila se sobresaltó.

—¿Al juez?

—Sólo él puede darnos la licencia de matrimonio.

Quiero que llegues como la señora Dealey.

Por un instante Sheila quedó muda por la sorpresa.

Luego entreabrió los labios y cerró los ojos. Roy se inclinó sobre ella y la besó con apasionamiento.